



BIBLIOTECA POPULAR

Estante.....

6

Tabla.....

9

Número.....

866

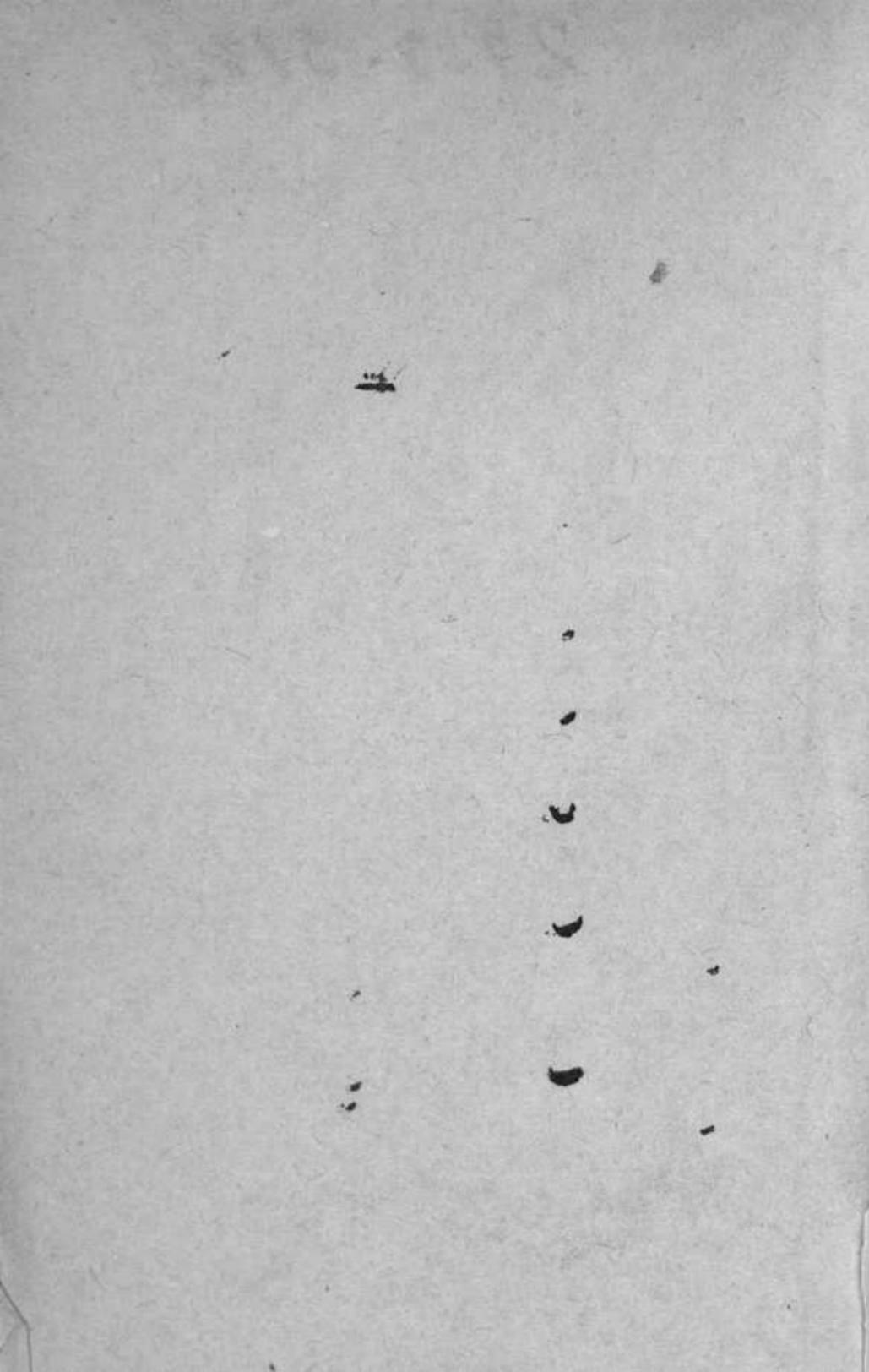


Handwritten text, possibly a signature or date, appearing as faint, dark markings on the grey background.



SL  
3659

YALLADOLIO



27-7-5794.

# EL EXCOMULGADO

B.2237

Drama histórico

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

**DON JOSÉ ZORRILLA**



MADRID

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS

Setiembre de 1848.

## PERSONAS

## ACTORES

|                                                                     |                               |
|---------------------------------------------------------------------|-------------------------------|
| DON JAIME EL CONQUISTADOR, <i>rey de Aragon</i> .....               | <i>Don Carlos Latorre.</i>    |
| DOÑA VIOLANTE DE HUNGRÍA.                                           | <i>Doña Teodora Lamadrid.</i> |
| DOÑA TERESA GIL DE VIDAURA.....                                     | <i>Doña Bárbara Lamadrid.</i> |
| DON BERENGUER DE CASTELBISBAL, <i>obispo de Gerona</i> ..           | <i>Don Pedro López.</i>       |
| EL CARDENAL ANGELO DE CAMARINO, <i>legado de Inocencio IV</i> ..... | <i>Don Antonio Barroso.</i>   |
| EL PRESBITERO DESIDERIO, <i>su secretario.</i>                      |                               |
| EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA DE ARAGON.                   |                               |
| GARCÉS, <i>page y trovador del rey don Jaime.</i>                   |                               |
| GERMAN, <i>mayordomo viejo.</i>                                     |                               |
| UN PORTERO.                                                         |                               |

*Cortesianos, nobles, damas de doña Violante, pages del rey, y séquito correspondiente á cada personage eclesiástico ó seglar que lo requiere.*



La escena en Zaragoza en el alcázar del rey, por los años 1246 de N. S. J. C.

## Acto primero.

---

*Cámara de don Jaime. Decoracion ochavada. Puerta á la izquierda en la primera caja. Lujosa puerta de dos hojas en el fondo, abiertas las cuales se ve el suntuoso lecho del rey dentro de la alcoba. A la derecha en la segunda caja una puerta secreta; y en este mismo lado y en primer término la mesa de despacho del rey, con pergaminos, plumas, etc.: en la segunda caja de la derecha el arpa de Garcés. Luz de la mañana.*

### ESCENA PRIMERA.

*GARCÉS, franqueando la cámara real á DON BERENGUER, descubierto, y con ademan respetuoso. Don Berenguer embozado en una capa oscura, bajo la cual viste trage talar moderado, sin insignias sacerdotales. Cabello gris, barba larga, y anillo episcopal.*

*Garcés.* Esperad aquí, señor obispo. Su magestad me ordenó que os condujera

á esta cámara real,  
y que le avisara al punto  
que llegarais.

*D. Ber.* Avisad,  
pues, al rey de que ya aguardo  
sus órdenes.

*Garcés.* No os movais  
de aqui, señor, aunque el rey  
se retarde: y dispensad  
si os advierto que al balcon  
no os asomeis, ni le abrais;  
pues importa que se ignore  
que estais aqui.

*D. Ber.* Bien está.

*Garcés.* Perdonad; cumplo asi obrando  
mi obligacion.

*D. Ber.* Id en paz.

## ESCENA II.

DON BERENGUER.

No puedo dar con la oculta  
razon de misterio tal.

¡El rey con tanto secreto  
y tan temprano á llamar  
me envial... y el pagecillo  
con avizorado afan,  
calles buscando escusadas,  
suplicóme que la faz  
recatara, y las insignias  
del traje sacerdotal.

No lo comprendo: á palacio  
vengo con asiduidad:  
me ve el rey todos los dias.

*Garcés. (Anunciando.)*

El rey.

*D. Ber.* Él se explicará

ESCENA III.

DON BERENGUER. EL REY DON JAIME. *El rey despide á Garcés con una seña imperativa, y cierra la puerta por donde entró, antes de hablar.*

*Rey.* Disimulad, si de el lecho  
mi page á sacaros fué:  
mas me urge el tiempo, y á fé  
que aunque avaro le aprovecho  
temo que me ha de faltar.

*D. Ber.* El rey sois: mandad, Señor.

*Rey.* No: vos sois mi confesor,  
y me vais á aconsejar.

Por esto con tal premura  
llamar en secreto os hice.

Tomad: ved lo que me dice  
el Papa en esa escritura  
que acabo de recibir.

*(El rey le da un pergamino, que lee don Berenguer.)*

*D. Ber.* Un matrimonio os propone.

*Rey.* Como padre que dispone  
de sus hijos al morir.

*D. Ber.* Poca esperanza de vida

en su escrito manifiesta  
Su Santidad.

*Rey.*

Le molesta  
crónica y envejecida  
enfermedad, que le lanza  
en el sepulcro, y desea  
que por mí esta boda sea,  
como postrer ordenanza  
de un buen padre moribundo,  
aceptada. Es un empeño  
ya antiguo en él, y es el dueño  
de los señores del mundo  
el Papa: con que es razon  
obedecerle, á mi ver;  
siempre que se pueda hacer  
sin fuerza ó contradiccion.

*D. Ber.* Os veo, señor, dispuesto  
á seguir de todos modos  
su parecer.

*Rey.*

No de todos,  
obispo: mas os protesto  
que esta boda, si se aviene  
con la situacion política  
de mis reinos, en la crítica  
ocasion para mí viene.

*D. Ber.* Las ventajas personales  
que á vos os pueda traer...

*Rey.*

(*Interrumpiéndole.*)  
Las vais al punto á saber,  
y á juzgarlas tales cuales  
son. Esta correspondencia  
entre el Papa, el Castellano

y yo, pondrá claro y llano  
á vuesta alta inteligencia  
todo el negocio. (*Le da unos pergaminos.*)

*D. Ber.* (*Inclinándose.*) Señor...

*Rey.* Negocio esclusivo mio,  
que de vos tan solo fio  
porque sois mi confesor.  
Mis cortesanos, mis nobles  
consejeros no guardaran  
secretos que les fíaran:  
no: juegan con dados dobles;  
y nunca uno faltaría  
que, de ellos depositario,  
les vendiera á algun contrario  
antes de acabarse el dia.  
No, no. Yo quiero cumplir  
la voluntad pontificia;  
mi buena fé ó mi malicia  
tan solo se ha de medir  
por mi confesor y yo:  
si obro bien, porque me abone  
ante Dios, ó me perdone  
de Dios en nombre si no.

*D. Ber.* Señor, juzgais harto mal  
á los nobles de Aragon.  
Ninguno hay de corazon  
tan villano y desleal  
que obrara con tanta mengua.

*Rey.* Yo sé bien que alguno habria:  
mas tambien juro ¡á fé mia!  
que le costara la lengua.  
En fin, á vos os lo fio,

don Berenguer, y yo espero  
que sereis buen consejero  
al par que confesor mio.  
Legista, atareis el hilo  
de mis litigios mejor,  
mientras como confesor  
me guardareis el sigilo.  
Vamos los cabos atando  
pues, hasta que el hilo entero  
saqueis: con que id, consejero  
ó confesor, preguntando.  
Echad á un lado la inútil  
cuestion de si la futura  
trae virtudes ó hermosura,  
que es don perdedizo y fútil.  
Los reyes al escoger  
esposa, hemos de tomar  
para el reino en el altar  
antes reina que muger.  
Mas en el caso presente  
es, pues el Papa la fia,  
doña Violante de Hungría  
reina y muger esclente.  
Ved.

*(Dice este «VED» el rey señalando las cartas  
que ha puesto en manos de don Berenguer,  
y que este va consultando conforme indica  
el diálogo.)*

D. Ber. Dice aqui el Castellano  
que la esposa repudiada  
vuelva á ser por vos llamada.

Rey. ¿Qué ha de decir, si es su hermano?

*D. Ber.* Que pide en razon infiero:  
pues el hijo en ella habido  
está ya reconocido,  
señor, por vuestro heredero.

*Rey.* Mas fuera segun calculo  
la autoridad pontificia  
injuriar, pues su justicia  
dió el matrimonio por nulo.

*D. Ber.* (*Viendo otra carta.*)  
Amaga aqui el Castellano  
con declararos la guerra,  
y hay bandos en vuestra tierra  
que podrán prestarle mano.  
Vuestro hijo como heredero  
partido tiene, y aun viven  
señores que no os reciben  
con respeto muy sincero.  
La Navarra se os rebela:  
en Francia teneis añejos  
derechos, pero está lejos.  
y en vuestra frontera vela  
Aben Zaen; esta boda  
que el Pontífice os propone  
en guerra á mi ver os pone  
señor, con la tierra toda.

*Rey.* Como vos lo calculais  
seguramente que sí:  
mas tengo yo para mí  
que errado el cálculo echais.  
Tengo exhausto mi tesoro,  
mi ejército es bien escaso,  
y van á salirme al paso

el Castellano y el Moro.  
Es la verdad: necesito  
pues, oro y gente muy presto,  
ó el trance á que estoy espuesto  
solo por milagro evito.  
Pesais con fidelidad;  
mas veamos lo que pesa  
la boda de la princesa  
que me da Su Santidad.  
La dota, porque es su ahijada,  
en un millon de onzas de oro,  
y en la guerra contra el Moro  
me da bula de cruzada.  
Propone al rey Castellano  
(que tiene un hijo y una hija)  
que, para su tiempo, elija  
para uno dellos la mano  
del primer hijo que Dios  
me dé en este matrimonio,  
como prenda y testimonio  
de la paz entre los dos.  
Si es estéril mi muger,  
mientras duda el Castellano  
tiempo sobrado le gano:  
y si, lo que puede ser,  
la proposicion rechaza,  
mientras con la Santa-Sede  
se gobierna como puede,  
la guerra con que amenaza  
le iré yo mismo á llevar:  
pues con la bula y el oro  
á pretesto de ir al Moro

puedo un ejército alzar.  
Todo el rebelde que altera  
hoy en su bando á Aragon,  
tendrá de la religion  
que juntarse á la bandera.  
Y ninguno habrá que deje  
de acudir á la sagrada  
enseña de la cruzada,  
á no pasar por herege.  
A la voz pues de indulgencia  
plenaria, tendré muy presto  
un ejército dispuesto,  
que con oro y diligencia  
prevenido á una jornada  
marchará donde yo quiera:  
y pues siempre en la frontera  
moros hay, siempre es cruzada.  
Con que ved como á mi ver  
esta aconsejada boda  
en paz con la tierra toda  
me pone, don Berenguer.  
Mas, sabedlo á prevencion,  
esto que á solas os digo  
lo sabeis solo conmigo:  
porque esta es mi confesion.

*D. Ber.* De advertírmelo escusais:  
mas aunque admiro y alabo  
vuestros cálculos, si al cabo  
por confesor me llamais,  
despues de la confesion  
debo á mi rey en conciencia...

*Rey.* (*Interrumpiéndole.*)

Imponer la penitencia  
y otorgar la absolucion.

*D. Ber.* Señor... (*Turbado.*)

*Rey.* Las conciencias reales

por misteriosas razones  
están en sus confesiones  
en casos excepcionales.

Faltas á los reyes pesa  
tomar, obispo, á su cargo,  
y las toman sin embargo  
porque á su pueblo interesa.

Esto á mis reinos conviene:  
la vida del Papa es corta,  
y aprovechar nos importa  
la escasa vida que aun tiene.

Sé cuánto en Roma se intriga  
para la nueva eleccion,  
y sé que no es de Aragon  
la nueva eleccion amiga.

Con que hoy partirá el enviado  
del Papa con mi respuesta,  
y en lo que de Otoño resta  
he de quedar yo casado.

Es mi voluntad.

*D. Ber.* Señor...

*Rey.* Bien: docto sois y entendido:

á Roma lo convenido  
escribid: es lo mejor.

Y ahora que de consejero  
pasais á mi secretario,  
en aqueste solitario  
camarin dejaros quiero,

para que á solas, y en vista  
de esos datos, respondais  
al Santo Padre y luzcáis  
vuestras dotes de jurista  
y de retórico; dad  
al viento todas las alas  
de vuestro ingenio, y mil galas  
de erudicion prodigad  
por mí; traducid en fin  
al Pontífice romano  
mi bárbaro castellano  
en vuestro culto latin.

*D. Ber.* Lo haré.

*Rey.* Yo volveré luego.  
Voy del correo á mandar  
los caballos ensillar:  
mientras, á mi nombre y ruego  
escribid vos aceptando  
la boda á Su Santidad,  
y si hay postdata, anotad  
que estoy la novia esperando. (*Vase.*)

#### ESCENA IV.

DON BERENGUER.

¿Quién puede la buena fé  
de su corazon sondar?  
¿Si de mi carta oyó hablar?  
¡Imprudencia escribir fué!  
Con esta boda... bien dice,  
será fuerte contra todos,

y quiere de todos modos efectuarla.—Si lo que hice sabe, al fiarme á su vez este secreto me obliga al tiempo que me castiga. Si no me teme... ¡pardiez! está bien claro... ¡Adelante! Rey él, y yo de su trono alcanzo lo que ambiciono, poder... ¡Oh! desde este instante de su secreto á favor el de la corte conquisto. ¿Qué tengo pues que temer?

*(Al decir don Berenguer estos dos últimos versos, la puerta secreta que hay á sus espaldas se ha entreabierto misteriosamente, asomando por ella doña Teresa, que se presenta al concluir el último.)*

*D.<sup>a</sup> Ter.* Nada mas que á una muger.

*D. Ber.* ¡Dios!

*D.<sup>a</sup> Ter.* ¡Silencio!

*(Doña Teresa va á echar el cerrojo de la puerta izquierda por donde el rey se fué, volviendo en seguida á la escena.)*

## ESCENA V.

DON BERENGUER. DOÑA TERESA.

*D.<sup>a</sup> Ter.*

Por lo visto  
vos ignorábais, señor,  
que nadie da un paso aquí

sin que llegue al punto á mí  
de sus pasos el rumor.

*D. Ber.* Señora.

*D.<sup>a</sup> Ter.* ¿Me conoceis?

*D. Ber.* ¿Quién, si á la corte ha asistido,  
no os conocerá?

*D.<sup>a</sup> Ter.* Advertido  
de mi favor estareis.

*D. Ber.* ¡Oh!

*D.<sup>a</sup> Ter.* Llegó un pliego del Papa  
al rey, al amanecer:

y otro á mí. A don Berenguer  
llamó el rey, y él con la capa  
de un hidalgo disfrazado  
al alcázar acudió;

pero al mismo tiempo yo  
entré en él por otro lado.

Cuanta puerta, pasadizo  
y caracol hay secreto  
en palacio, con objeto  
de servirme á mí se hizo.

Nada se habla, nada se hace  
que yo no oiga y yo no vea;  
nada hay que cumplido sea  
si á mí no me satisface.

Jamás fieis en palacio  
de bóveda, ni de alfombra:  
para un eco ó una sombra  
jamás falta aquí un espacio.

*D. Ber.* Pero, en fin...

*D.<sup>a</sup> Ter.* No comprendéis  
adónde voy á parar,

pero me voy á esplicar.

(*D. Berenguer mira con inquietud á la puerta izquierda, y dice doña Teresa:*)

Cerré bien; no receleis.

Creo que á escribir á Roma vais: yo puedo aconsejaros antes, y no hagais reparos, consejos el cuerdo toma.

*D. Ber.* Hablad.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Primero que el pliego al Pontífice escribais, será bueno que sepais una historia: oidla os ruego.

*D. Ber.* Sea, pues os empeñais.

*D.<sup>a</sup> Ter.* En una fresca alquería con recuerdos de castillo, que á espaldas de un montecillo circuye alameda umbría, diez años há que habitaba una muger, una niña, señora de la campiña solitaria en que moraba. Rica, opulenta quizás, huérfana de ilustre gente, caritativa, inocente, hermosa... ¿qué os diré mas? allí del mundo apartada y de sus cuitas exenta, vivia libre y contenta del universo olvidada: y un árbol nuevo, una flor que empezaba á abrirse, un nido

entre las zarzas cogido  
era su antojo mayor.  
Jamás extranjero alguno  
penetró en su quieto asilo,  
ni en su corazón tranquilo  
vano amor inoportuno.  
Mas un día entre los altos  
robles de un soto vecino  
no un caballo, un torbellino  
se precipitó, y á saltos  
desesperados salvando  
cuanto hallaba en su carrera  
huyó al monte, en la pradera  
á su ginete lanzando.  
Era un hermoso mancebo;  
la niña de la alquería,  
sin ver el mal que se hacía  
le acogió en ella; y al cebo  
de la compasión llamada,  
de su belleza incentiva  
se aproximó compasiva  
y se apartó enamorada:  
y cuando partió el doncel,  
repuesto, de su campiña,  
el corazón de la niña  
partió del campo con él.  
El mozo en amor maestro  
ya, aunque casi en la niñez,  
volvió una y otra vez:  
y ella inocente y él diestro,  
prometiéndolo él, y fiando  
ella, al cabo la pasión

atropelló á la razon  
y... dia á dia pasando  
fueron cinco años asi:  
y ella que le idolatraba,  
no su amante, fue su esclava.

«Nunca te muevas de aqui,  
ó al punto me perderás  
en que dejes la alquería,»  
la dijo: ella le creía  
y no la dejó jamas.

Pero la muger se hartó  
de misterios tan prolijo ;  
y un dia... para sus hijos  
apellido le pidió.

Él vaciló: insistió ella:  
partióse él de la alquería,  
y ella al ver que no volvía  
partió tambien tras su huella.

Llegó á la ciudad: oyó  
que habia en la tierra un rey  
que la justicia y la ley  
guardaba, y á él acudió.

Se hizo al alcázar llevar;  
el rey daba al pueblo audiencia;  
llegó del rey á presencia,  
mas cuando al rey iba hablar,  
juzgad de la confusion  
que embargó su alma sincera  
al ver que su amante era  
él mismo, el rey de Aragon.

Ni una razon, ni un suspiro  
lanzó aquella dama altiva:

torba, silenciosa, esquiva,  
volvió á su triste retiro.  
La gente á enagenacion  
atribuyó su altivez;  
solo el rey supo esta vez  
leer en su corazon.  
El rey no mas tuvo en cuenta  
que á la oveja inofensiva  
en pantera vengativa  
puede cambiar una afrenta.  
Y el rey volvió á la alquería  
y se humilló, y tal lo hizo  
con ella que satisfizo  
su enojo, y juró que haría  
cuanto exigiera: de modo  
que ella viéndolo preciso  
tomó lo que él darla quiso:  
pero hoy... hoy lo quiere todo.  
Porque hoy á fuerza de vil  
hipocresía y constancia  
pertinaz, y tolerancia  
pasiva, muda y servil,  
supo la muger al cabo  
cegar al hombre de amor;  
y la cautiva á el señor  
supo al fin hacer su esclavo.

*D. Ber.* ¡Señora!...

*D.<sup>a</sup> Ter.* Leed aqui:

en un dia de embriaguez  
de que le pesa tal vez,  
lo escribió don Jaime así.  
*(Mostrándole con el dedo lo que va leyendo.)*

«El Papa por ley espresa  
anula desde este dia  
mi matrimonio; Teresa,  
no quiero que pase un dia  
sin cumplirte una promesa.  
Si asi á perdonarme vas  
pesares harto prolijos,  
no me casaré jamas,  
legitimaré tus hijos  
y te amaré, ¿quieres mas?»  
Su sello, su firma es esa;  
y á la reina repudió:  
mas aunque hizo tal promesa  
no se la cunplió á Teresa,  
y esa Teresa soy yo.—  
¿Comprendeis?

*D. Ber.* No bien: mas va  
viniéndome la memoria  
de haber oido esa historia.

*D.<sup>a</sup> Ter.* En su confesion quizá.  
Guardarla debió en su pecho  
de todos, pues solo Dios  
tiene con nosotros dos  
para saberla derecho.  
Mas cuando os la cuento, es llano  
que es para que la entendais:  
para que se la escribais  
al Pontífice Romano.

*D. Ber.* Es imposible, señora.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Pues imposibles hareis.

*D. Ber.* Nunca lo conseguireis.

*D.<sup>a</sup> Ter.* ¿Nunca? yo espero que ahora.

*D. Ber.* Es sacrosanto el secreto  
que se fia al confesor.

*D.<sup>a</sup> Ter.* ¿Y no se debe al honor  
ni á las promesas respeto?

*D. Ber.* Imposible.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Os advertí,  
si no me engaño, al entrar,  
que nada en este lugar  
puede oponérseme á mí:  
y cuando á vos me mostré,  
sin duda fué decidida  
á arriesgar la honra y la vida.  
Siento hollar de vuestra fé  
los rectos principios fijos,  
mas del deshonor que arrostro  
la mancha, caerá en mi rostro,  
pero no en el de mis hijos.  
Nunca: os lo juro; y en prueba  
de lo resuelta que estoy,  
y de que no habrá desde hoy  
cosa á que yo no me atreva,  
solamente preguntaros,  
don Berenguer, necesito,  
si os acordais de un escrito  
que caro puede costaros:  
la carta por vos enviada  
al infante don Fernando  
una noche á Huesca, cuando  
el rey en una emboscada  
cayó del rebelde en manos,  
y solo salvarse pudo  
por su lanza y por su escudo

lidiando contra villanos.

¿La recordáis?

*D. Ber.* Bien, ¿y qué?

*D.<sup>a</sup> Ter.* Que esa carta se compró,

y que la poseo yo,

y que al rey se la daré.

En política y amor

escribir es necesidad:

lo que hoy es una verdad

es mañana un sándio error.

En fin, si ansiáis el poder

y aspiráis á favorito,

rescatad de mí este escrito,

y aun podeis llegarlo á ser.

Una demanda apoyad

que á entablar en Roma voy,

don Berenguer, y os le doy.

*D. Ber.* Imposible.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Pues quedad

con Dios.

*(Se dirige á la puerta de la izquierda por donde se fué el rey).*

*D. Ber.* ¿Dónde vais?

*D.<sup>a</sup> Ter.* A hacer

leer al rey vuestro escrito.

*D. Ber.* Tened.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Os lo facilito

solo en dos casos: si ver

haceis al rey mi justicia

cual la conciencia os lo manda,

ó si apoyais mi demanda

en la corte pontificia.

*D. Ber.* Pero ¿y si algun dia el rey?...

*D.<sup>a</sup> Ter.* Os he dicho que lo puedo todo.

*D. Ber.* ¡Todo! mientras quedo á la merced de su ley, y su ira.

*D.<sup>a</sup> Ter.* En mi fiad.  
Para caso de desgracia tengo yo un acta de gracia omnipotente: escuchad. De cólera en un esceso la mano me levantó, mas pagar se lo hice yo con buena prenda: leed eso.

*(Le da un pergamino, que lee don Berenguer.)*

*D. Ber. (Leyendo.)* «Cualquiera que sentenciado por mí ó por mis tribunales, sean sus crímenes cuales fueren, si al ser condenado esta escritura presenta, mi regia voluntad es que hasta dos dias despues la ley no se tome en cuenta. Yo Jaime, rey de Aragon.»

*(Representando.)*

Mas ¿si él mismo en su corage por su mano?...

*D.<sup>a</sup> Ter.* Tal ultraje no haria á su religion. En fin, el rey va á venir: habladle antes: si no doma su altivez, podeis á Roma

lo que os ha dicho escribir;  
mas detras del portador  
de su pliego irá un correo  
con mi demanda, y yo creo  
que la apoyareis, señor.

*D. Ber.* Pero...

*D.<sup>a</sup> Ter.* En cifra escribireis  
del modo que mas os cuadre  
una carta al Santo Padre;  
y cuando me la entregueis,  
á mas de esa acta que os dejo  
os volveré vuestro escrito:  
si no al rey se la remito.  
Con que Dios os dé consejo.  
(*Vase por la puerta derecha.*)

#### ESCENA IV.

DON BERENGUER.

No Dios, sino Lucifer  
es quien me ha de aconsejar,  
que es quien puede aventajar  
en malicia á la muger.

¿Suponer que el rey desista  
de la boda? Desde luego  
vale mas creer que un ciego  
no querrá cobrar la vista.

Sin ejército, sin oro,  
el reino en bandos turbado,

Rey. le trae la paz al estado  
esa boda y un tesoro,

D. Ber. ¿y pensar que á ella renuncie?

Mas esa muger tenaz

de todo será capaz  
como yo al rey no denuncie.

D. Ber. ¿Qué he de hacer ¡ira de Dios!

Rey. con dos fieras enjaulado

para no ser devorado

por ninguna de las dos?

Rey. ¡Maldita ambicion mundana!

Mas para retroceder

ya es tarde. ¡Ay de ti, muger,

si cambia el viento mañana!

¡Ay de tí si el rey no cede.

Roma no te oye, y recibo

mi carta y con el rey privo...

(que todo avenirse puede)

gota á gota has de apurar

la amarga hiel que hoy me ofreces!

gota á gota hasta las heces

del caliz... mas va á llegar

pronto el rey, y el pasador

corrió. *(Le quita.)* Por hoy lo mejor

será ceder y esperar.

D. Ber. *(Se sienta en la mesa, y á poco*

*sale el rey por la puerta izquierda.)*

ESCENA VII.

DON BERENGUER. EL REY.

Rey. ¿Estais ya de eso hecho cargo?

D. Ber. Sí señor.

Rey. ¿No hay objecion  
que hacer á mi aceptacion?

D. Ber. Sois rey: mandais; sin embargo,  
siendo del rey confesor,  
á Roma antes de escribir  
debo de reconvenir  
al rey, si peca, señor.

Rey. ¿Volveis?

D. Ber. A vuestra conciencia  
á hablar, que es mi obligacion.  
Poned sobre el corazon  
la mano.

*(El rey hace un gesto de impaciencia, y don  
Berenguer le dice para calmarle:)*

Es la penitencia  
que os impone el sacerdote.

Rey. La pongo.

D. Ber. ¿Y cuando escribís  
la aceptacion, le sentís  
latir sin que en él denote  
su desigual movimiento  
que á contraer esa boda  
la conciencia se acomoda  
sin ningun remordimiento?

*Rey.* Seguramente que sí:  
tranquilo está.

*D. Ber.* Una promesa  
sin embargo hay.

*Rey.* (Interrumpiéndole.) ¡De Teresa  
quereis hablar, pesiamil

*D. Ber.* De ella.

*Rey.* ¿Y qué tiene que ver  
aqui Teresa?

*D. Ber.* Segun.

*Rey.* Basta: nada hay de comun  
entre el amor y el deber.

La boda es la obligacion  
de mirar por mis estados:

los compromisos pasados  
son deudas del corazón.

Esas él las pagará.

¿O es el orgullo tan vano  
de Teresa, que la mano

tiende hácia el trono?

*D. Ber.* Quizá,  
señor, si atrevida ó diestra

cree en derechos...

*Rey.* (Interrumpiéndole.) ¡Por mi fé,  
sois muy su amigo!

*D. Ber.* ¿De qué  
lo inferís, señor?

*Rey.* De vuestra  
aficion parcial lo arguyo.

*D. Ber.* A nadie aborrezco yo;  
mas podeis jurar que no

seré nunca amigo suyo.

*Rey.* Pues no me habéis de ella mas;  
la debo mi corazón,  
mas no el cetro de Aragon:  
no lo prometí jamás.  
Id pues, y no andéis apático  
las notas en estender  
luego, si os han de tener  
por confesor diplomático.

*D. Ber.* Voy: mas espero, señor,  
que distingáis, para un crítico  
trance, la fé del político  
de la fé del confesor.

*Rey.* No daré en error tan grave.  
Tomad, señor secretario,  
de mis archivos la llave,  
do hallareis lo necesario.  
Escribid mi aceptación  
á Roma, don Berenguer,  
y en su casa disponer  
dejad al rey de Aragon.

#### ESCENA VIII.

EL REY.

Tenaz anduvo, mas era  
su deber: se lo perdono.  
Rey nació: ensalzar mi trono  
es mi obligación primera.  
Le siento que se estremece  
y halagüena la fortuna  
ocasion muy oportuna

de asegurarle me ofrece,  
y aunque pese á la pasion  
desperdiciarla no debo;  
no: la corona que llevo  
pesa mas que el corazón.  
La amé, y ¡perdóneme Dios!  
aquí aboga amor por ella:  
pero su fatal estrella  
puso el trono entre los dos.  
Humilde empero, á la ley  
sabrás doblar la cerviz,  
y se tendrá por feliz  
con el corazón del rey.  
Yo la amo aún... á mí solo  
aquí decírmelo puedo:  
mas es forzoso y no cedo:  
todo á esta boda lo inmoló.

ESCENA IX.

EL REY. GARCÉS. *Después* DOÑA TERESA.

*Rey.* ¿Qué hay, Garcés?

*Garcés.* Doña Teresa

Vidaura audiencia demanda,  
señor.

*Rey.* ¿Tan temprano, y anda  
ya por palacio?

*Garcés.* Y á priesa,  
señor, pues tras mí se viene  
de sala en sala.

*Rey.* ¡Pardiez!

es esta la primera vez  
que tal arrogancia tiene.

*Garcés.* Llega, señor.

*Rey.* Hazla paso:

*(Sale doña Teresa: Garcés queda esperando  
las órdenes del rey.)*

¿vos en palacio, señora?

*D.<sup>a</sup> Ter.* Incompetente es la hora:

mas temí que el tiempo acaso  
para veros me faltara,  
y aunque á la desgracia espuesta,  
señor, de seros molesta  
el tiempo aprovecho avara.

*Rey.* *(A Garcés.)* Sal. *(Vase Garcés.)*

### ESCENA X.

EL REY. DOÑA TERESA.

*Rey.* Habla, Teresa mia.

¿Qué ocurre, di, que asi vienes,  
pálida y grave? ¿qué tienes?  
Siéntate.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Mal estaria

ante vuestra magestad  
sentada yo.

*Rey.* ¡Qué lenguaje!

¿por ventura algun ultraje  
recibiste?

*D.<sup>a</sup> Ter.* A la verdad

que no lo sé todavía,  
señor: mas sospechas tengo

y á preguntároslo vengo.  
*Rey.* Ese tono de ironía  
que hallo en tus frases, Teresa,  
y tu rostro uraño y serio  
me dejan ver un misterio  
que me disgusta.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Me pesa  
de ello, señor; mas tiempo há  
cuanto sale de mi boca  
solo á disgusto os provoca,  
y haciéndome á él voy ya.

*Rey.* ¡Creo por Dios que pretendes  
irritarme! Ya te he dicho  
que no me agrada ¿me entiendes?  
de esa ironía el capricho,  
y en el humor en que estoy  
me importuna, y la paciencia  
no es mi virtud.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Esperiencia  
tengo de ello.

*Rey.* Pues quien soy  
sabes, ¿qué es lo que de mi  
quieres? ¡Pronto!

*D.<sup>a</sup> Ter.* Breve espero  
ser, señor: haceros quiero  
solo una pregunta.

*Rey.* Di.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Me han dicho que hoy os llegó  
de Roma un correo.

*Rey.* ¿Y qué?

*D.<sup>a</sup> Ter.* ¿Volverá á partir?

*Rey.* Sí á fé.

*D.<sup>a</sup> Ter.* ¿Y con respuesta?

*Rey.* ¿Pues no?

*D.<sup>a</sup> Ter.* (Con aplomo.) ¿Y aceptais la boda?

*Rey.* (Con la mayor sorpresa.)

¿Sabes?...

*D.<sup>a</sup> Ter.* (Interrumpiendo.) Todo.

*Rey.* ¡Cómo!

*D.<sup>a</sup> Ter.* Cuando entró

el pliego en palacio, yo  
entré tras él; tengo llaves.

*Rey.* ¡Tienes llaves!

*D.<sup>a</sup> Ter.* Por supuesto.

En vuestras ausencias tuve  
esta idea, y me entretuve  
en mi soledad en esto.

*Rey.* ¡Te entretuviste!

*D.<sup>a</sup> Ter.* Supuse

ser por vos tarde ó temprano  
engañada, y me dispuse.

*Rey.* ¡Téngame Dios de su mano!

¿Te dispusiste á qué?

*D.<sup>a</sup> Ter.* A hacer

algo de mi honra en favor:  
es el único valor

que da precio á la muger.

*Rey.* Te estoy oyendo, y á fé

que no te conozco; no,

no eres la misma que yo

conocí siempre, y no sé

qué es lo que hoy tu fantasía

perturba. Siempre te vi

grata, humilde para mí.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Eso fué allá en la alquería.

*Rey.* O tú estás loca, ó yo sueño:  
¿tú te atreves de tal modo  
á mí?

*D.<sup>a</sup> Ter.* Los locos á todo  
se atreven, señor.

*Rey.* ¡Voy dueño  
á no ser pronto de mí!  
¡Ea, la razon me aclara  
de mudanza en tí tan rara,  
ó vive Dios!...

*D.<sup>a</sup> Ter.* Héla aqui:  
como anduvisteis cinco años  
engañando vos mi fé,  
á mi vez yo me apliqué  
á estudiar vuestros engaños.

*Rey.* ¿Aun mas? ¡Tu insolente calma  
acrecienta mi furor!

*D.<sup>a</sup> Ter.* Y á pesar de ella, señor,  
tengo el infierno en el alma.  
Dejémosle pues brotar  
ambos: porque mal sujeto  
siento á mi lengua el respeto  
y le voy á atropellar.  
Sí, sabedlo de una vez:  
ni soy la misma que fui  
para vos, ni hay mas en mí  
ya que enojo y altivez.  
El Pontífice os propone  
para esposa una princesa,  
y yo tengo una promesa  
que á vuestra boda se opone.

*Rey.* ¡Ira de Dios! ¿tal creiste?  
¿asi te la interpretaste,  
y hasta el trono te atreviste  
á alzar los ojos? Soñaste.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Ni en mi altivez ni en mi encono  
por ambiciosa esperanza,  
ni por vil sed de venganza,  
mis ojos alcé hasta el trono:  
pero jamas hombre alguno  
afirmar ha de poder  
que hijos á quien yo di ser  
fueron hijos de ninguno.  
Burlásteis mi sencillez  
disfrazándoos, señor,  
y vale mucho mi honor  
para olvidarle otra vez.

*Rey.* ¿Y esperaste ¡pesiamí!  
en tu insensata jactancia  
que daría á tu arrogancia  
lo que á tu humildad no dí?

*D.<sup>a</sup> Ter.* Entendedme bien: del trono  
no aspiro á la magestad:  
mis hijos legitimidad,  
y profeso y os perdono.

*Rey.* Mas tarde.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Ahora, señor.

*Rey.* ¡Nunca! humilla tu cabeza.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Nunca: que á cegarme empieza  
de la cólera el furor.  
¡Eal ceded.

*Rey.* No: jamas.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Pues todo ó nada. Mañana

aspiraré á soberana.

Rey. ¡Desdichada! no podrás;  
porque desde este aposento  
por tu pertinacia altiva  
irás á enterrarte viva  
en la tumba de un convento.

D.<sup>a</sup> Ter. A desenterrarme irán.

Rey. ¿Quién?

D.<sup>a</sup> Ter. Roma.

Rey. ¿Y quién ha de ir  
á Roma por tí á pedir?

D.<sup>a</sup> Ter. Vuestras cartas.

Rey. No saldrán  
de tu poder, sino al mio  
para pasar.

D.<sup>a</sup> Ter. ¡Estais loco!  
sois para tanto muy poco.

Rey. ¿Brabéas?

D.<sup>a</sup> Ter. Os desafío.

Rey. Pues sea: aqui quedas presa  
mientras envió por tí.

*(El rey se va furioso por la puerta izquierda,  
que se oye cerrar por fuera. D.<sup>a</sup> Teresa al  
punto que él vuelve la puerta va á ella y  
corre el pasador que tiene por dentro, diri-  
giéndose inmediatamente á la salida secreta  
de la derecha.)*

D.<sup>a</sup> Ter. Y cuando vuelvas aqui  
ya no hallarás á Teresa.

*(Vase por la derecha.—Cae el telon.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## Acto segundo.

*Salon de embajadores en el palacio de don Jaime dispuesto para la solemne ceremonia de la presentacion en la corte de la reina doña Violante. Trono: puerta grande en el fondo, y pequeñas á los lados en la última caja de bastidores. Balcon á la derecha, cerrado con vidrios de colores, á través de los cuales se ven los relámpagos á su tiempo.*

### ESCENA PRIMERA.

DON BERENGUER. GERMAN, arreglando.

*D. Ber.* De Roma, con Desiderio, no tengo que recelar: mas tiemblo mientras mi escrito no está en mi poder. ¿German, está todo pronto?

*Germ.* Sí señor, todo: y en verdad que está como un ascua de oro el salon.

*D. Ber.* Está bien.

*Germ.* Mas

quisiera yo á nuestros reyes  
ver en el alcázar ya.

*D. Ber.* ¿Por qué?

*Germ.* Daros vuestros ojos

pueden la razon: mirad  
los nubarrones que el cielo  
anublan.

*D. Ber.* Asi será

menos incómodo el sol.

*Germ.* Si falta de sol no mas

produjeran esas nubes,

no fuera grande el pesar.

No temo yo lo que quiten,

sino lo que puedan dar:

no oireis el medio dia

primero que el huracan.

*D. Ber.* Pasará.

*Germ.* Ay, señor obispo,

qué está la divinidad

contra Aragon irritada,

y ya dos tormentas van

en este mes como yo

no las he visto jamas.

*D. Ber.* En verdad que hemos tenido

una estacion bien fatal:

mas parece que la gente

viene... (*Mirando por el balcon.*)

*Germ.* Imposible; aun no habrá

tal vez pasado la reina

las puertas de la ciudad.

Es ceremonia prolija,  
y temo que se ha de aguar.

*D. Ber.* ¡Cómo ha de ser! Los nublados  
del hombre en mano no estan.

*Germ.* ¡Y el rey que va ya hecho un pino  
de oro! ¡Lástima será  
que llueva sobre aquel manto  
tan rico!

*(Un portero entra, y saluda á don Beren-  
guer.)*

*Port.* Señor.

*D. Ber.* ¿Qué hay?

*Port.* Un forastero, que aguarda,  
os quiere ahora mismo hablar.

*D. Ber.* No hay tiempo.

*Port.* Dijo que os diera  
esto.

*D. Ber.* ¡Ah! que entre. Despejad. *(A German.)*

## ESCENA II.

DON BERENGUER. DESIDERIO.

*D. Ber.* Gracias á Dios.

*Desid.* Llego á la hora  
justa, ilustrísimo.

*D. Ber.* Deja  
cumplimientos, y habla: ¿hoy mismo  
llegas?

*Desid.* De Roma.

*D. Ber.* ¿Qué nuevas  
de allá?

*Desid.* ¿Estamos solos?

*D. Ber.* Solos:

no hay mas que los centinelas  
exteriores, que estan lejos:  
todos han ido á las puertas  
de la ciudad con el rey  
á recibir á la reina.

*Desid.* Trabajo inútil.

*D. Ber.* Qué, ¿el Papa?...

*Desid.* A que la boda suspenda  
manda un Nuncio con poderes  
omnimodos.

*D. Ber.* ¡Con clemencia  
nos mire Dios!

*Desid.* ¿Pues?

*D. Ber.* Su boda

daba ya por cosa hecha:  
empleado tiene el oro  
de la dote: por su tierra  
predicada la cruzada,  
y en pie de campaña puesta  
su gente.

*Desid.* Pues todo en balde.

*D. Ber.* Pero ¿no fué la sentencia  
del tribunal pontificio  
en su favor?

*Desid.* La primera  
que por Celestino cuarto  
fué dada, sí: mas no muestra  
tanta amistad por don Jaime

Inocencio, que ahora reina,  
y dió al pleito en la segunda  
vista solucion diversa.

*D. Ber.* ¿Cómo?

*Desid.* Despues de fallado  
una vez, doña Teresa  
llegó á Roma.

*D. Ber.* Te avisé  
su partida.

*Desid.* Y á la letra  
cumplí vuestras instrucciones;  
fui la persona primera  
con quien dió en Roma. Español  
siendo, sirviendo en la iglesia  
y con crédito en la curia  
romana, llegué hasta ella  
á ofrecerle mis servicios.  
Díla á entender que yo era  
partidario de su causa,  
y espatriado por ofensa  
personal del rey don Jaime,  
y que ansiaba complacerla  
en su pleito contra él;  
pero es muger muy discreta  
la de Vidaura, y me dijo  
con tranquilidad soberbia:  
«vuestra proteccion no os pido,  
con que podeis recogerla.»

*D. Ber.* ¿Entonces?...

*Desid.* Por otro lado  
tiré mis líneas. A fuerza  
de vigilancia y dinero

no dió sin que lo supiera  
yo un paso, establó demanda  
segunda vez, y una audiencia  
de Su Santidad obtuvo.

No sé lo que pasó en ella,  
mas el Papa ordenó al punto  
que segunda vez se viera  
y se fallara el litigio;

nombróse comision nueva  
de Cardenales para ello  
y yo, como segun vuestra  
orden no debia andar

en miramientos, la mesa  
compré del notario á quien  
tocó la causa, y en ella  
me instalé por sustituto

de enfermedades y ausencias.

La Vidaura intrigó astuta,  
vertió el oro á manos llenas,  
ganó en fin del Santo Padre  
la protección manifiesta,  
y él mismo activó su pleito  
y dió en su favor sentencia.

Mas como en primera instancia  
se dió en el del rey, y era  
sabido que atravesando  
la Italia, en Ostia, á la vela  
se habia dado un dia antes  
para España la princesa  
desposada por poderes,  
en la nave mas ligera  
que se halló, se hizo al legado

embarcarse á toda priesa  
para suspender la boda.

*D. Ber.* ¿Y está aqui ya?

*Desid.* A la hora de esta  
se viste para venir  
de el rey don Jaime á presencia;  
mas yo aproveché un instante  
para avisaros.

*D. Ber.* ¡Tremenda  
va á ser la ira del rey  
cuando destruidos vea  
sus proyectos y su boda;  
y hombre ha de ser de firmeza  
el que intimarle de Roma  
el nuevo fallo se atreva!

*Desid.* Por eso estad sin cuidado,  
que el Nuncio encargado de esta  
comision es hombre de alma  
libre de miedo y resuelta.

*D. Ber.* Aun no conoce el legado  
del rey el alma colérica.

*Desid.* Ya el Nuncio la pondrá á raya,  
que habla en nombre de la Iglesia.

*D. Ber.* Su ira vallas no conoce,  
ni privilegios respeta.

*Desid.* ¿Pero ese hombre...?

*D. Ber.* Enfurecido  
no es un hombre, es una hiena:  
hasta pierde muchas veces  
el sentido de soberbia  
en el exceso, y le asaltan  
ataques de risa histérica.

*Desid.* Allá se avengan: yo en eso me lavo las manos. Resta ahora entregaros no mas este escrito, de las piezas del pleito por mí estraído.

*D. Ber.* ¡Y que buen oro me cuesta!

*Desid.* Y si en Roma se descubre, á mi una prision perpetua.

*D. Ber.* ¿Mas no consta?

*Desid.* En parte alguna. Por razones de conciencia, que se reservó el Pontífice, se falló.

*D. Ber.* ¿Y doña Teresa?

*Desid.* Dejó á Roma el mismo dia que se firmó la sentencia.

*D. Ber.* ¿Y adónde?...

*Desid.* A España. Tal vez pise de Aragon la tierra. Ya estais en todo: os serví como amigo: es cosa hecha; con que, perdonad, maestro, que á situarme ante la puerta del palacio voy.

*D. Ber.* ¿A qué?

*Desid.* A esperar á su Eminencia, de quien soy el secretario: pues cupo la honra escelsa de esta embajada al prelado que obtuvo la presidencia del tribunal, y al notario que escribió la causa regia.

*D. Ber.* Vé pues; y escuso ofrecerte  
mi valer.

*Desid.* Aquí, en reseva,  
me debeis, con vuestra vida,  
la fortuna venidera,  
pues si quedan vuestras cifras  
metidas entre las piezas  
de este proceso...

*D. Ber.* ¡Silencio!

*Desid.* Dios os guarde.

*D. Ber.* Él te proteja.

### ESCENA III.

DON BERENGUER.

Salí por fin de inquietudes.  
Vuelva ahora doña Teresa  
cuando guste. Si el rey cede  
al Pontífice, y es reina,  
prenda por prenda; el favor  
dividiremos á medias.  
Si nada consigue, nada  
tengo ya que temer de ella.  
Hola, ya se oye murmullo:  
parece que el rey se acerca,  
y ya era hora; el nublado  
por instantes se acrecienta.  
Espacio vienen: aún  
tardarán la ancha plazuela  
en cruzar por el tumulto.  
Muy galan con la princesa

viene el rey. ¡Desventurada!  
¡qué agena está de la afrenta  
que la aguarda! ¿Y quién arrostra  
la ira del rey? ¡Dios le tenga  
de su mano!

*(El portero se presenta otra vez con una carta.)*

ESCENA IV.

DON BERENGUER. EL PORTERO.

*D. Ber.* ¿Qué hay?

*Port.* Señor,

una tapada estas letras  
para vos trajo, encargando  
que al instante las leyerais.

*D. Ber.* Dame á ver. ¿Contestacion  
aguarda?

*Port.* Partió sin ella.

*(Don Berenguer toma la carta, despidiendo al portero con la cabeza.)*

ESCENA V.

DON BERENGUER.

¡Jesucristo! ¡Su escritural  
Zaragoza. De hoy la fecha.  
«Me habeis cercado de espías; *(Lee.)*  
yo obré con igual cautela.

Todo lo sé: vuestras cifras  
han sido por mano diestra  
estraidas de el proceso;  
y pues con trampa se juega,  
ved que vuestro testimonio  
cita el Papa en la sentencia  
que trae escrita el legado,  
y si el rey á dar no acierta  
(y sí dará, que es sagaz)  
con la razon, que secreta  
vence el fiel de la balanza  
de mi parte, será fuerza  
que con ella dé, el escrito  
del tribunal cuando lea.  
Con que ya estais prevenido:  
tal vez os va la cabeza  
en la cólera del rey;  
huidlá pues, si es que os queda  
tiempo aún: si no, tomaos,  
don Berenguer, la molestia  
de acordaros de aquella acta  
de gracia, de que yo entrega  
os hice un día, y fiad,  
obispo, en su omnipotencia:  
porque es en vuestro naufragio  
la sola áncora que os resta.  
Mas no desprecieis mi aviso:  
porque os juro en mi conciencia  
que esa acta lo puede todo,  
y yo quiero y me interesa  
que en Aragon por mi causa  
ningun crimen se cometa.

Me hicisteis traicion, y os salvo;  
aprended de mi.

Teresa.»

*(Representa.)*

¡Confúndate Dios! muger  
infernál, sagaz culebra  
sin compañera en astucia  
y en las intrigas maestra.  
¡Que huya del rey!... bien tu mano  
se ve, pues tu aviso llega  
al mismo tiempo que él.  
¿Y el acta?... ¡es una advertencia  
donosa! Siempre la llevo  
conmigo: mas ¿qué defensa  
dará un papel á quien tiene  
que luchar con una fiera?

*(Mira por el balcon.)*

¡Imposible!—Ante el alcázar  
la comitiva se apea;  
¡imposible huir!... hacer  
rostro á la fortuna es fuerza:  
tal vez el Nuncio no llegue...  
tal vez don Jaime no lea  
ciego de ira el escrito,  
acaso no le comprenda.  
Vamos, preciso es que el rey  
me halle al pie de la escalera.

*(Váse rápidamente por el fondo.)*

*(Durante los últimos versos de la escena anterior se habrá oído dentro rumor de pueblo, vivas, y tumulto de fiesta popular. El teatro permanece abandonado breves mo-*

*mentos, quedando solo en él el soldado que guarda el exterior de la puerta del fondo, que deja don Berenguer abierta. Por ella salen despues el rey don Jaime, ricamente vestido de ceremonia; la reina doña Violante, de blanco; grandes de Aragon, prelados, jueces, dignatarios, cortesanos, etc. El rey, dando la mano á doña Violante, la dirige la palabra conduciéndola al trono cuando lo indican los versos.)*

#### ESCENA VI.

EL REY. DOÑA VIOLANTE. DON BERENGUER. EL PRESIDENTE  
DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA. GRANDES. CORTESANOS.

*Fuera de la puerta, en el fondo, PUEBLO.*

- Rey.* Mi pueblo te bendice, y su ventura  
aguarda de tu mano: el mismo cielo  
para que no ofendiera tu tez pura,  
su sol cubrió con nebuloso velo.
- D.<sup>a</sup> Vio.* Sois muy galan, señor: si ufana admito  
las bendiciones de Aragon, espero  
merecer su favor: le solicito  
de él, con fé pura y corazon sincero.
- Rey.* Yo te respondo de él, y me remito,  
Violante mia, al tiempo venidero:  
Reina entre tanto, por mi noble gente  
vas aclamada á ser solemnemente.  
Ya en mi alcázar estás: desde esta hora  
de Aragon en el trono al lado mio

eres conmigo de Aragon Señora,  
y es la ley de mi alcázar tu albedrío.  
Tu casa es, gobiérnala á tu antojo:  
vive á tu gusto en ella, sin cuidado  
de que tu real placer me cause enojo:  
reina en palacio tú, yo en el Estado.  
Próceres de Aragon, á la belleza  
de vuestra reina humildes ofreceos,  
y doblad la rodilla y la cabeza  
ante la reina de Aragon.

*(Al inclinarse todos para saludar á doña Violante, el Nuncio pontificio aparece saliendo por la puerta del fondo, diciendo en alta voz.)*

*Nuncio.* Teneos. *(Suspension general.)*

*(El rey, bajando colérico del trono, va á encontrarse con el Nuncio, que habrá avanzado al centro de la escena.)*

*Rey.* ¿Quién interrumpe audaz al soberano?

*Nuncio.* El Nuncio del Pontífice Romano.

## ESCENA VII.

DICHOS. EL NUNCIO ROMANO.

*Rey.* ¡Por quien soy, señor Nuncio, que recelo  
que ignorais á qué tierra habeis venido!

*Nuncio.* Ni yo lo pregunté: con santo celo  
«parte,» me dijo el Papa, y he partido.

*Rey.* Sabed empero, que si el Papa en Roma,

yo reino en Aragon, y reino solo,  
y nadie voz imperativa toma  
donde mi voz resuena.

*Nuncio.* Ni yo inmoló  
sacrificio, señor, ni incienso quemo,  
ni dobló la rodilla en mas altares,  
Nuncio cual soy de sus sagradas leyes,  
que en los del sumo Dios, que es juez supremo,  
lumbre del sol, barrera de los mares,  
ser de la creacion, rey de los reyes.

*Rey.* Dios... en el cielo está: yo aqui en la tierra  
le represento, y á mi vez respeto  
exijo del mortal... pero el objeto  
sepamos que aqui os trãe: lo que encierra  
vuestra mision, decid.

*Nuncio.* Mas en secreto  
conviene que os lo diga.

*Rey.* Un plazo escaso  
esperad.

*Nuncio.* Ni un instante.

*Rey.* En ese caso,  
voy á abreviar la ceremonia: ofensa  
fuera á la reina hacer...

*Nuncio.* No deis un paso  
mas en tal ceremonia.

*Rey.* ¿Es por acaso?...

*Nuncio.* (*Bajo al rey.*) Inútil: vuestra boda está suspensa.

*Rey.* ¡Dios de Aragon! ¿suspensa?

*Nuncio.* Sí.

*Rey.* (*A los que estan en escena.*) Un momento,  
señores, un momento: dispensadme:  
salid.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¡Gran Dios! ¿qué es esto?  
(*El rey conduce á doña Violante, á quien siguen sus damas y págas á la puerta de la derecha, que cierra tras ellos. Los demás se van por la del fondo.*)

*Rey.* (A doña Violante.) A este aposento pasad, señora, vos. (Dios, enfrenadme la cólera que hervir siento en el alma.)

### ESCENA VIII.

EL REY. EL NUNCIO.

*Rey.* Hémos solos, hablad: pero hablad presto, porque impaciente soy, y estoy espuesto á no guardar la conveniente calma. Hablad, y no hagais caso de mi gesto ni de mi accion; hablad: mas os lo aviso, pronto, claro, y no mas que lo preciso.

*Nuncio.* Oid, pues, la sentencia que dió Roma en vuestro pleito.

*Rey.* Eso es lo que interesa: decid.

*Nuncio.* Si el rey don Jaime esposa toma, esta esposa ha de ser doña Teresa: y dos hijos de el rey, en ella habidos, han de ser por el rey reconocidos.

*Rey.* ¿Mi pleito en Roma se falló dos veces?

*Nuncio.* Sí.

*Rey.* La primera en pró. ¿Y en qué se funda la ley y la conciencia de los jueces

al fallar en mi contra la segunda?  
Ha debido de haber de óbia justicia  
una razon, legal, grave y oculta:  
razón no alegada antes, que hoy faculta  
á la sensata curia pontificia  
para anular su fallo primitivo.

*Nuncio.* Sí.

*Rey.* ¿Cuál?

*Nuncio.* Es de conciencia: el Santo Padre,  
por su voto especial reservativo  
falló por sí.

*Rey.* ¿Y creéis que á mi me cuadre  
semejante razon?

*Nuncio.* Será forzoso:  
declaraciones con que *sub sigillo*  
*confessionis* se dieron, y que asilo  
tienen ya impenetrable, misterioso  
del Pontífice en el alma.

*Rey.* ¡Dios piadoso!  
De una trama infernal me dais el hilo.  
¿Solo tiene el Pontífice la llave  
de el secreto, decís?

*Nuncio.* Sí.

*Rey.* ¿Fué pues hecha  
tal confesion al Papa?

*Nuncio.* Sí.

*Rey.* ¿La sabe  
él solo?

*Nuncio.* Si.

*Rey.* Mostradme con qué fecha  
se sentenció.

*Nuncio.* (Mostrándole un pergamino.) Miradla.

*Rey.* No fué suya  
la confesion: Teresa hecho la habria  
en su primer demanda, el primer dia,  
sí; mas no hay otra confesion que influya  
en providencia tal mas que la mia:  
y yo á Roma no fui, ni á Roma he enviado  
legado mio, ni de el Papa he visto  
mas legado que á vos... ¡por Jesucristo!  
eso es: mi confesion se ha revelado.

*Nuncio.* Reparad.

*Rey.* La han escrito.

*Nuncio.* En el proceso  
no consta.

*Rey.* ¿Qué falta hace el testimonio  
de vuestros garrapatos para eso?  
Solo mi confesion el matrimonio  
suspender puede, y revelada ha sido...  
Si la siento aquí (*Señalando la frente.*)  
escrita... si el demonio  
me la está delectreando en el oido.

*Nuncio.* Señor, no estais seguro.

*Rey.* Todavia  
no: mas lo voy á estar.

*Nuncio.* ¿Cuándo?

*Rey.* Al momento.  
¡Y en estándolo!...

*Nuncio.* ¿Qué?

*Rey.* ¡Por vida mia!  
vereis.

(*Se vuelve hacia la puerta, y el Nuncio se le interpone.*)

*Nuncio.* Tened.

*Rey.* ¡Quitaos de delante!

*Nuncio.* Reportaos, señor; no así arrogante  
os dejéis arrastrar de una ira impía.  
Ved que traigo absolutas facultades  
en pro de la verdad, premio ó castigo  
para otorgar al bien, ó á las maldades.

*Rey.* Para eso en Aragon basta conmigo.

*Nuncio.* Teneos.

*Rey.* Apartad: porque me sube  
la ira del corazon á la cabeza,  
y el vapor de la sangre en una nube  
mis ojos siento que á envolver empieza.

*Nuncio.* ¡Tened de el Papa en nombre!

*Rey.* ¡Por Dios vivo!  
su nombre á punto á vuestro labio asoma:  
vereis: nuestro poder es relativo:  
vereis: yo en Aragon como él en Roma  
tengo un voto especial, reservativo.

*Nuncio.* Señor.

*Rey.* Quitad os dije.

*Nuncio.* Ved os ruego...

*Rey.* ¿Qué he de ver? ¿no veis que estoy ya ciego?  
(*El rey abre la puerta del fondo, y la de la de-  
recha: á su voz vuelven á salir todos.*)

ESCENA IX.

EL REY. EL NUNCIO. DOÑA VIOLANTE. DON BERENGUER,  
DESIDERIO. EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA.

*Nobles, damas de la reina, pages, pueblo.*

*Rey.* Adelante, señores, adelante  
todos; entrad, entrad.

*Nuncio.* (Su ira encona  
la oposicion: dejemos que un instante  
se calme y ceda.)

*Rey.* (A don Berenguer.) Obispo de Gerona,  
entrad tambien. (Al presidente.) ¿Vos sois el  
de el tribunal de mi justicia? [presidente

*Presid.* Tengo,  
señor, honra tan alta.

*Rey.* Yo me avengo  
con vuestro parecer. Decid al punto  
pues, á don Berenguer, que está presente,  
qué pena tiene por la ley sagrada  
el confesor que á intento ó sin cautela  
la confesion y el pecador revela.

*Presid.* Señor, pierde la lengua.

*Rey.* (A don Berenguer con ira.) Revelada  
por vos mi confesion y escrita ha sido  
á la romana curia pontificia

*D. Ber.* (Anonadado.) ¡Señor!...

*Rey.* Vuestra sentencia habeis oido.  
(Al presidente.) ¡Ea! al ejecutor de mi justicia

entregadle, y la lengua cercenada  
le sea al punto.

*Presid.* Ved...

*Rey.* No veo nada.

*Presid.* Reflexionad, señor.

*Rey.* No reflexiono  
nada.

*D.<sup>a</sup> Vio.* *(A sus pies.)* Yo de rodillas os lo ruego:  
templad, señor, vuestro exaltado encono.

*Nuncio.* Rey don Jaime, acatad la preeminencia  
del sacerdocio en él.

*Rey.* *(Al presidente del tribunal.)* Llevadle luego,  
y ¡ay de vos si volveis á mi presencia  
de su ámplia ejecucion sin ser testigo!

*Nuncio.* Mirad que si se cumple la sentencia  
dais en la excomunion.

*Rey.* *(Al presidente con toda la exaltacion de la ira.)*  
Llevadle digo,

jira de Dios! ¿no soy el soberano?  
obedecedme, juez, ó su castigo

*(Pone mano á la daga.)*

aqui ejecuto por mi propia mano.

*Todos.* *(Aterrados.)* ¡Oh!

*(El presidente, poniéndose entre el rey y don  
Berenguer, hace desaparecer al último y va  
tras él.)*

*Nuncio.* ¡Sacrilégio atroz!

*Rey.* ¿Y el crimen suyo  
es por ventura mas que un sacrilégio?

*Nuncio.* En nombre de la Iglesia yo le escluyo  
de vuestra ley.

*Rey.* Recuso el privilegio.

*Nuncio.* Pues de el Papa en poder le constituyo.  
Revocad la sentencia, ó yo del regio  
soberano poder os destituyo.

*Rey.* Vos estais delirando; lo que es mio  
por derecho y por ley, ¿quién me lo quita?

*Nuncio.* Roma.

*Rey.* De Roma y su poder me río.

*Nuncio.* Revocad.

*Rey.* (*Viendo al presidente que aparece al umbral.*)  
Es ya tarde.

*Todos.* ¡Ah!

*Nuncio.* (*Avanzando hácia el medio de la escena y ten-  
diendo las manos hácia el rey.*) ¡Rey impío.

Dios lega á Satanás tu alma precita!  
(*Todos se echan atrás dejando al rey solo.*)

Rey de Aragon, escucha arrodillado,  
y esa risa sardónica que asoma  
en tus labios, mofándose de Roma,  
tórnala en ¡ay! de súplica humillado  
á su poder.—¡Estás excomulgado!  
(*Rompe la tempestad tronando.*)

*Todos.* ¡Ah!

*Nuncio.* Oye á Dios y tu soberbia doma.  
Bajo la huella de tus pies impíos  
agóstese la mies, púdrase el grano,  
séquese el árbol, súmanse los rios;  
el monte se desplome, húndase el llano:  
queme el rayo tus bosques y plantíos,  
traiga á tus tierras peste el aire insano,  
y abandónente á Dios y á sus castigos  
tus vasallos, tus deudos, tus amigos.

(*A todos.*)

Sin Dios ni rey quedais. Desde ahora mismo los templos de Aragon quedan cerrados, prohibidas las aguas del bautismo, los sacramentos de la fé vedados: fuera en fin de la grey del cristianismo estais, y en su cabeza excomulgados: quien le dé auxilio, quien señor le llame es maldito con él, con él infame.

*(El rey queda un momento aterrado, como si sintiera sobre la cabeza el peso de la excomunion. El Nuncio se va por la puerta del fondo, y todos tras él en completo silencio. La puerta se cierra detras del último. El ruido de la tempestad llena el espacio, dejando luego el intervalo de calma necesario para la escena siguiente.)*

## ESCENA X.

EL REY.

¡Emponzoña el ambiente en que respira!  
¡Su voz es un puñal helado, agudo!  
¡Me ha herido aqui en el pecho... no... mentira!  
Ha sido aqui... en la frente: y á su rudo golpe el cerebro descompuesto gira,  
y el vago son de sus palabras siento zumbar en el confuso pensamiento.  
¿quién es? ¿qué es lo que dice? ¿á qué ha venido?  
Parad... parad, recuerdos, un instante.  
Repetid lo que he visto... lo que he oido.

La mies... el rayo... Dios... Doña Violante  
á mis pies... un obispo... un acusado...  
gentes que me rogaban... y uno, uno  
mas que todos tenaz, mas importuno...  
¿qué traia en la mano?... un privilegio...  
no, la lengua arrancada de su boca.

¡Horror! ¿quién cometió tal sacrilegio?

¡Pára, pára un instante, mente loca!

vuelve á mí... vuelve á mí, juicio perdido.

(*Con desesperado afan, queriendo recobrar á la  
fuerza las ideas estraviadas.*)

vuelve, recuerda... (*Se mira las manos.*)

¡Estoy ensangrentado!

¿Quién me acusa?... ¡Su lengua!... sí, yo he sido;  
mas no me sigas... no. (*Va á la puerta.*)

¡Me han encerrado

con ella! ¡auxilio! ¡á mí!... todos se han ido.

Todos... ¡del universo abandonado

estoy... todo lo entiendo... lo he perdido

todo... hasta Dios! ¡Estoy excomulgado!

(*Vuelve á romper la tempestad tronando.*)

Ruge la tempestad... ¡á buena hora!

(*Se aproxima al balcon, cuyas vidrieras abre el  
viento con estrépito.*)

¿Qué me importa de tí? No puede nada  
contra mí tu furor. ¡Ruge... devora!

¡Ya no hay Dios para mí!... ¡ruge, menguada!

yo me rio de tí... míralo... toma,

yo te escupo á la faz mi carcajada;

tómala... y con mi alma excomulgada,

implacable huracan, llévala á Roma.

(*Cae desplomado.*)

ESCENA XI.

EL REY, *desmayado*. DOÑA VIOLANTE. DOÑA TERESA:  
*esta por la izquierda, aquella por la derecha.*

D.<sup>a</sup> Vio. ¡Solo! á su amparo mi deber me llama.

D.<sup>a</sup> Ter. Mi auxilio nada mas le resta ahora.

D.<sup>a</sup> Vio. ¡Una muger!

D.<sup>a</sup> Ter. ¡La infanta! ¿vuestra fama  
así arriesgar osais?

D.<sup>a</sup> Vio. ¡Y vos, señora!

D.<sup>a</sup> Ter. ¡Soy Teresa Vidaura.

D.<sup>a</sup> Vio. ¡Vos! ¡La dama  
de su alma perdicion!

D.<sup>a</sup> Ter. Su salvadora.

D.<sup>a</sup> Vio. ¡Cómo!

D.<sup>a</sup> Ter. Vais á entenderlo en el momento:  
mas primero es llevarie á su aposento.

D.<sup>a</sup> Vio. ¡Yo! ¡con vos!

D.<sup>a</sup> Ter. Ayudadme sin cuidado,  
señora, que ni soy lo que aparento,  
ni cabe excomunion do no hay pecado.  
(Doña Teresa y doña Violante acuden á levantar  
al rey.— Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## Acto tercero.

---

*La misma decoracion del acto primero.*

### ESCENA PRIMERA

DOÑA VIOLANTE, *sentada*. DOÑA TERESA.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Tal es la historia de mi amor, señora:  
tales son mis razones, mis derechos.

*D.<sup>a</sup> Vio.* No los recuso: mas os resta ahora  
darme la esplicacion de ciertos hechos  
audaces por demas para una dama  
de tal ingenio y tan ilustre origen.

*D.<sup>a</sup> Ter.* En casos en que van honor y fama,  
todo la fama y el honor lo exigen.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Tal vez.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Oidme pues: seré sincera.

¿Creeis que nadie por razon domine  
los salvages instintos de una fiera,  
y doméstica á ser la determine?

*D.<sup>a</sup> Vio.* No es posible.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Pues bien: esta mañana  
habeis visto á ese rey, ciego, iracundo,

su dignidad hollando soberana  
atropellar cuanto respeta el mundo.  
Le habéis visto, en su cólera embriagado,  
recusar el sagrado privilegio  
sacerdotal; desafiar osado  
á Roma; el mas horrendo sacrilegio  
cometer, del Pontífice al legado  
desconociendo; y aun del mismo cielo  
sacrilego mofarse, y solo al rayo  
de tal excomunion ver el abismo  
á sus pies, y ceder solo al desmayo  
de su temor supersticioso.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¡Horrible  
espectáculo fué!

*D.<sup>a</sup> Ter.* Pues con tal hiena  
tuve yo que luchar, y era imposible  
dominarla en su cólera terrible  
mas que con el azote y la cadena.  
Diez años humillada, envilecida  
á los ojos de el mundo y á los míos,  
triste le demandé mi honra perdida,  
hechos mis ojos de mi llanto rios:  
y diez años corrieron sin que nada  
lograran fé ni amor; mas una hora  
llega en que la muger que ruega y llora,  
ofendida á la vez y avergonzada,  
álzase de sí misma vengadora  
por la fé y la razon autorizada.  
Llegó esta hora para mí: enemiga  
de mi señor me alcé, y el oportuno  
tiempo esperando astuta uno por uno  
fuí los hilos atando de una intriga:

y llegada á su término, tornándose  
guerrero halcon la tímida paloma  
de las alas del águila ayudándose  
tendió su vuelo al tribunal de Roma;  
y el águila rendida desde el suelo  
la vió en sus plumas remontarse ufana,  
y la vió regresar cerniendo el vuelo  
entre los rayos de la ley romana.

*D.<sup>a</sup> Vio.* De el Rey me estais hablando.

*D.<sup>a</sup> Ter.* No lo olvido,  
señora: para alzarme hasta su altura  
al tribunal de Dios he acudido  
que nos nivela á todos: mas segura  
bajo el amparo de su ley sagrada  
no á abusar de mi triunfo vencedora  
vengo, no el sólio á reclamar osada,  
sino á vivir resuelta desde ahora  
reina no, mas tampoco deshonrada.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Qué es, pues, lo que quereis?

*D.<sup>a</sup> Ter.* Que una palabra  
satisfaga una ofensa: que hijos llame  
á los que suyos son: que no nos abra  
á sus hijos y á mí sepulcro infame.  
Él audaz y yo débil, ambos fuimos  
criminales al par: yo me someto  
al yugo de la ley: mas delinquimos  
de muy distinto modo; él el secreto  
de su origen guardó; yo fuí engañada,  
y no debo al honor guardar respeto  
de el que el mio y sus hijos tiene en nada.  
Vencido está á mis pies; mas no que bese  
mi planta quiero, ni me ofrezca el trono:

que remedie su error, que le confiese,  
y me vuelvo á mi quinta y le perdono.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Á vuestra quinta?

*D.<sup>a</sup> Ter.* Para vos, señora,  
el esplendor de el s6lio: yo no puedo  
disputárosle, no: desde esta hora,  
si en mi auxilio venís, sin pena cedo.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¡Yo!

*D.<sup>a</sup> Ter.* Sí. Vos sois un ángel descendido  
de el cielo para el rey, de su ventura  
nuncio, y en su afliccion aparecido,  
bálsamo para ser de su amargura.  
Llegais en su dolor á su presencia  
bajo el nombre tiernísimo de esposa:  
sois elocuente, compasiva, hermosa...  
venced en mi favor su resistencia.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¡Yo!

*D.<sup>a</sup> Ter.* Vos: y comprendedme. Él indomable,  
yo ofendida y tenaz, no habia modo  
de conseguir del rey lo razonable,  
sino aspirando á conseguirlo todo.  
Todo lo conseguí: mas solo quiero  
lo que es mio por ley: si lo exigiera  
todo, de mi altivez víctima fuera:  
se alzara contra mi su pueblo entero.  
Tomad: *(La da un escrito.)*

decidle vos:—«Todo fué un sueño:  
la excomunion, el crimen, fué una intriga;  
mas firma: es tu deber, y yo me empeño  
por una pobre madre, que es mi amiga.»  
Y seré... tanto no, vuestra cautiva;  
menos, el escabel de vuestro trono;

pondreis los pies sobre mi frente altiva.  
Ved lo que por mis hijos ambiciono:  
mas lucharé por ellos mientras viva,  
y á este precio no mas cedo y perdono.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Y sí perdonareis. Grande os admiro,  
y grande como vos á ser aspiro.  
Vuestros hijos, Teresa, os aseguro  
que honrados vivirán. Antes de el dia  
serán reconocidos, sí; ¡os lo juro!  
Causa comun la vuestra con la mia,  
yo los adoptaré. Cuando no tengan  
en su desolacion mejor arrimo,  
enviadlos, sí, que á mi palacio vengan  
y acogidos serán: los legitimo.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Gracias.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Alzad: de gracias no es asunto,  
pues vos al punto partireis.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Al punto.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Lejos.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Donde querais.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Sois generosa,  
fascinadora, apasionada, hermosa.

*D.<sup>a</sup> Ter.* ¿Celos vos, de los ángeles trasunto?

*D.<sup>a</sup> Vio.* Soy débil, soy muger. Seré su esposa.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Nada temais de vuestra humilde esclava.

Triste, porque le amé, y os lo confieso,  
me volveré á la quinta en que guardaba  
puro mi corazon, mi honor ileso.

Si me envia un billete, sin abrirle  
se le devolveré: si á darme quejas  
á su page me envia, sin oirle  
razon ni trova, cerraré mis rejas.

Si él se llega á mi puerta con misterio,  
yo se la cerraré como á enemigo:  
si la intenta forzar, por un postigo  
me acogeré al vecino monasterio;  
y si me sigue allí, si la clausura  
iracundo y sacrílego atropella,  
dentro del claustro al afirmar su huella  
me abriré ante el altar la sepultura.  
¿Qué mas quereis, señora?

*D.<sup>a</sup> Vio.* (*Tendiéndola la mano.*) Que mi amiga  
seas.

*D.<sup>a</sup> Ter.* Hasta morir.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¡Dios te bendiga,  
sublime y generosa criatura!

*D.<sup>a</sup> Ter.* Mas por ambas velad: que no me siga,  
que no le vea mas. Vuestra hermosura,  
vuestro ingenio emplead en que me olvide:  
todo os lo cedo en paz. ¡Dios me es testigo!  
Que entero sea vuestro honor me pide  
mi sacrificio, y lo será; me obligo:  
mas no os puedo mentir; aqui reside  
su amor, y solo morirá conmigo.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Pues ocultadle bien en vuestro pecho;  
de ese amor que el espíritu os desola,  
para pedir os cuentas con derecho  
no hay mas que Dios, que el corazón ha hecho.  
Id al legado á ver. Dejadme sola.

ESCENA II.

DOÑA VIOLANTE.

Justicia es, y la obtendrá cumplida,  
mas saldrá de Aragon. Al otro extremo  
quisiera verla de la tierra... hundida  
en el misterio mas profundo... erguida  
de su altivez la admiro... mas la temo.

Esa águila imperial con su fiereza  
dominara al leon tarde ó temprano.

Empezaria el rey su fortaleza  
por admirar, y al cabo la cabeza  
doblarla servil bajo su mano.

Unico ser cuyo resuelto arrojo  
fuera capaz de despreciar su enojo,  
fuera el único ser que hallara digno  
de su pasion... y al corazon maligno  
evitar es preciso tal antojo.

¡Qué entrada tengo en Aragon!—Mas ella  
la esplica en mi favor... prudente y bella,  
angel me cree del cielo descendido  
para su bien... mas perspicaz ha sido  
que yo para leer mi buena estrella.

Mas no seré yo misma quien la deje  
mentir. Vuelva á la vida y al imperio  
de el ángel, á la voz, que le protege,  
y de un celeste amor ante el misterio  
su terrenal amor ceda y se aleje.

*(Abre las dos hojas de la puerta del fondo, y  
aparece el rey en su lecho.)*

ESCENA III.

DOÑA VIOLANTE. EL REY.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Respira: no es su aliento ya agitado:  
el letargo pasó: ya es solo sueño:  
pero desagradable... aun frunce el ceño.  
Tal vez interrumpirle es arriesgado.  
Una emocion ingrata, repentina  
le pudiera dañar... mas es forzoso  
que despierte... aguardar la matutina  
luz es mucho esperar, y su reposo  
no puede ser tan largo. El nuevo dia  
no debe hallar en Aragon ni á ella,  
ni al Nuncio, ni á ninguno por quien huella  
de el escándalo encuentre. — Yo querría  
sacarle de su sueño lentamente,  
de un modo natural en que su alma  
pasara poco á poco de la calma  
de el sueño á la vigilia, de su mente  
las sombras ahuyentando.

*(Fija la vista en el arpa de Garcés, que como en  
el primer acto ocupa un rincon del aposento.)*

¡Ah!... Dios me envia  
el medio de apartar de su memoria  
la horrible escena de hoy. Sí, que reciba  
nueva impresion de mí, mas espresiva  
en favor de su esposa, cuya historia  
va con la suya á caminar unida  
mientras camine de los dos la vida.

*(Se sienta al arpa, colocándose de manera que*

*el rey no pueda verla. Este se despierta poco á poco al sonido de la música.)*

**D.<sup>a</sup> Vio.** (Canta.) «Aparta de tus ojos

las nieblas de tu sueño:

despiértate, mi dueño;

despiértate, señor.

Despierta á los suspiros

de un alma que te ama;

despierta, que te llama

el ángel de el amor.

Despierta, no pase: despierta, señor.»

**Rey.**

¡Ay de mí! ¿Dónde estoy? Grato sonido

de una celeste música soñaba

que hería melancólico mi oído.

¡Quimeras de mi sueño!... Deliraba.

*(Doña Violante empieza el prelude de la segunda estrofa.)*

¿Oigo un arpa? Tal vez estoy dormido

aún.

*(Se sienta en el lecho, quedándose distraído.)*

Vuelve, recuerda, mente mía:

recuérdame... recuérdame... yo creo

que duermo, que deliro todavia.

*(Baja á la escena y ve á doña Violante, á quien contempla extasiado mientras canta.)*

Qué hermosa aparicion. ¡Sueño, qué veol

**D.<sup>a</sup> Vio.**

(Cantando.) «El alba esclareciendo

va ya con luz incierta:

el ave se despierta,

desplégase la flor.

Despierta, que la aurora

su resplandor derrama;

despierta, que te llama  
el ángel de el amor.

Despierta, no pase: despierta, señor.»

*Rey.* ¿Despierta dice... con que estoy dormido?  
¿Quién eres tú, que con tu voz derramas  
un bálsamo en mi pecho dolorido?

*D.<sup>a</sup> Vio.* El ángel de el amor. ¿No lo has oído?

*Rey.* Te tuve por muger.

*D.<sup>a</sup> Vio.* La que tú amas.

*Rey.* ¿Yo?... no amo... ¡detesto!

*D.<sup>a</sup> Vio.* Te equivocas.

Ven, siéntate á mi lado: poco á poco  
irán volviendo tus ideas locas.  
Yo te las llamaré.

*Rey.* Me las evocas  
en vano... estoy soñando, ó estoy loco.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿En qué te fundas?

*Rey.* ¡Ay de mí! me fundo  
en el vacío que percibo inmenso  
en mi cerebro: en el horror profundo  
que me tengo: en que ignoro lo que pienso:  
en que no sé si pertenezco al mundo.  
En que te estoy mirando, y no comprendo  
por qué te veo aquí: en que te miro,  
y tu sonrisa plácida no entiendo:  
y aunque te estoy aquí escuchando y viendo,  
dudo si existes, ó si yo deliro.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Mas ¿qué sientes?

*Rey.* Vacío en la cabeza;  
vacío en el espíritu: tristeza  
en el desierto corazón, que nada  
desea: y sin embargo...

- D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Qué?
- Rey.* Me agrada  
oirte, y contemplarte en tu belleza.  
¿Quién eres?
- D.<sup>a</sup> Vio.* No lo sé: yo todavía  
no tengo nombre aqui, ni tengo empleo
- Rey.* ¿A qué has venido pues?
- D.<sup>a</sup> Vio.* A ser tu guia,  
á acompañarte... es mi único deseo  
estar cerca de tí.
- Rey.* Yo bien decia:  
estoy soñando aún: de otra manera,  
¿qué ser á acompañarme se atreviera  
á mí, de quien el mundo es enemigo,  
y sobre quien echó para castigo  
su execracion la humanidad entera?
- D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Por qué?
- Rey.* Lo ignoro.
- D.<sup>a</sup> Vio.* Mas ¿lo crees?
- Rey.* Lo creo:  
siento una conviccion...
- D.<sup>a</sup> Vio.* ¿De qué?
- Rey.* Estoy loco.  
¿Te sonries? Deliro: ya lo veo.
- D.<sup>a</sup> Vio.* Deliras, sí; mas ven, darte deseo  
tu juicio; ven. Recuerda poco á poco.
- Rey.* ¿Qué?
- D.<sup>a</sup> Vio.* Algo de ayer.
- Rey.* ¿Ayer?... ¡ayer! un rayo,  
de una nube rugiente desprendido,  
cayó á mis pies, y me lanzó rendido  
en un lóbrego abismo.

*D.<sup>a</sup> Vio.* En un desmayo.

*Rey.* Aun siento su mareo y su zumbido.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿No te acuerdas de mas?

*Rey.* No: me ha postrado

un profundo sopor, una fatiga  
intensa... mil delirios me he forjado;  
¡he visto tantos círculos... he dado  
tantas vueltas!... ¿me has dicho que te diga  
lo que siento?

*D.<sup>a</sup> Vio.* Sí, dímelo.

*Rey.* Padezco

un mal estar... una inquietud... aguarda:  
no es eso; es... miedo. Sí, de eso adolezco,  
de miedo... mi memoria me acobarda:  
tengo miedo á pensar.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¡Te compadezcol

*Rey.* ¿Por loco? Ya lo ves: hablo contigo,  
quimérica ilusion, como si fueras  
mas que un delirio que en mi mente, abrigo  
en mi locura tiene.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Ven conmigo

pues: ven á delirar.

*Rey.* Como tú quieras.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Ven á mi lado, ven. Juntos iremos  
vagando por las mágicas campiñas  
de la imaginacion: nos contaremos  
nuestro amor en voz baja: cruzaremos  
valles frondosos, enramadas viñas,  
huertos que sombra nos darán, y ópimos  
frutos y sabrosísimos racimos  
para templar la sed: mientras palomas  
nos arrullan la siesta, y lo que fuimos

olvidaremos; y en las frescas lomas  
de este encantado Edén vagando eternos  
sabremos existir sin separarnos  
uno de otro jamas, ni entristecemos.

*(Un momento de pausa: el rey contempla á  
doña Violante como si aun la escuchara.)*

¡Habla... sigue por Dios! ¿á qué pararnos?  
¡Ibamos ya tambien! Hay en tus tiernos  
conceptos una música tan suave...  
hay en tu dulce voz una armonía  
cual dar no mas naturaleza sabe,  
al son de el río y al cantar de el ave.  
¡Háblame por piedad, ilusion mia!

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿No te enoja mi voz?

*Rey.* ¡Oh, me enagenal

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Me acompañas gustoso?

*Rey.* No me dejes  
nunca.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Mi ausencia te causara pena?

*Rey.* Temo que he de morir cuando te alejes.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Quieres oir mi historia?

*Rey.* Enhorabuena.

Cuenta, cuenta, fantasma delicioso,  
cuenta, sueño de amor... que no despierte  
yo jamas, si ha de ser para no verte  
ni oirte... cuenta, que te escucho ansioso.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Yo soy una muger.

*Rey.* *(Interrumpiéndola.)* ¡Delirio vano!

Si lo fueras...

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Qué harías?

*Rey.* ¡Ay! amarte:

partir contigo mi existencia, darte

todo mi corazon, mi soberano  
poder.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Eres tú rey?

*Rey.* Sí.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Y en qué parte  
de el orbe está tu reino?

*Rey.* Todo el mundo.  
lo sabe: en Aragon.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Pues bien: partamos  
juntos hácia Aragon; pero vayamos  
en el misterio envueltos mas profundo.

*Rey.* ¿Por qué?

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Lo ignoras?

*Rey.* Sí.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Porque, si vamos,  
vivir en tu palacio no podremos.

*Rey.* ¿Por qué?

*D.<sup>a</sup> Vio.* De él me echarian tus vasallos.

*Rey.* A los que osaran tal, remos con remos  
les haria yo atar á mis caballos  
y arrojarlos al monte.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¡Siempre estremos  
de cólera! ¡siempre ímpetus de ira!

*Rey.* Es verdad: dices bien... la ira me pierde.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿No sería mejor?...

*Rey.* ¿Qué cosa?

*D.<sup>a</sup> Vio.* Mira:

tengo una quinta en cuya olmeda verde  
solo el aliento de el amor se aspira.

*Rey.* ¿Una quinta?

*D.<sup>a</sup> Vio.* Amenísima.

*Rey.* ¿Y en dónde?

*D.<sup>a</sup> Vio.* En Aragon.

*Rey.* ¿En Aragon?

*D.<sup>a</sup> Vio.* El Ebro  
entre unos setos de abedúl y enebro  
la riega, y con los árboles la esconde  
de su ribera fértil.

*Rey.* Mi cerebro  
comienza á vacilar.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Qué te entristece?

*Rey.* Nada... siento rodar en mi cabeza  
mil confusos recuerdos. Me parece  
que á revolverse mi memoria empieza...  
y mi sueño feliz se desvanece.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Te engañas, todavía está contigo,  
y siempre lo estará, si tú lo quieres.

*Rey.* ¿Si yo lo quiero? Sí, Dios me es testigo.  
Siempre, sueño feliz, vendrás conmigo:  
mas quisiera saber... dime ¿quién eres?

*D.<sup>a</sup> Vio.* Una muger.

*Rey.* Tu arpa ángel te llama.

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Recuerdas?...

*Rey.* Que cantabas.

*D.<sup>a</sup> Vio.* (Ya recobra  
la memoria: Señor, completa mi obra.)

*Rey.* Angel... muger... no cabe: alguno sobra.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Tiene algo de ángel la muger que ama.

*Rey.* ¿La que ama? No: de Satanás es hija.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Esa es otra muger: yo no soy esa.  
Me has dicho eso no mas porque me aflija.

*Rey.* ¿Afligirte yo? no.

*D.<sup>a</sup> Vio.* Tus ojos fija  
en los míos: ¿qué encuentras? ¿qué te espresa

de mi pupila ardiente la mirada?  
Recuerda... ¿no la has visto en tu pasada  
vida, entre vivas, músicas y oro?

*Rey.* Recuerdo su expresión enamorada

*D.ª Vio.* ¿Y la conoces?

*Rey.* No: pero te adoro,  
sueño hermoso de amor.

*D.ª Vio.* Rasga las nieblas  
que ofuscan tu memoria: desvanece  
de un soplo esas quimeras con que pueblas  
la fantasía: ahuyenta y esclarece  
de tu juicio, que vuelve, las tinieblas.  
Recuerda... ¿quién soy yo?

*Rey.* Me lo has cantado:  
el ángel de mi amor.

*D.ª Vio.* Antes, ¿quién era?

*Rey.* ¿Antes? Una mujer.

*D.ª Vio.* La que has amado.

*Rey.* No: aquella no eres tú.

*D.ª Vio.* Te has obcecado:  
confundiéndome estás con la primera;  
mas aquella se va.

*Rey.* No te comprendo.

*D.ª Vio.* Recuerda.

*Rey.* ¿Qué?

*D.ª Vio.* La quinta... la que amas.

*Rey.* Te estás en pesadilla convirtiendo,  
sueño... mas ¡ay!... recuerdo... tú te llamas...

*D.ª Vio.* Teresa, no. (*Vivamente.*)

*Rey.* No, no: que es nombre horrendo.

*D.ª Vio.* ¿A Teresa conoces?

*Rey.* Sí... un momento

aguarda. ¡Pára... pára, mente mia!  
¡no ruedes... no circules, pensamiento!  
Vuelve á mí... vuelve á mí... ¡ay! ya le siento...  
espera... fué Teresa...

D.<sup>a</sup> Vio. (¡Oh, qué agonía!)

Rey. A Roma... ¿ha vuelto ya?

D.<sup>a</sup> Vio. Sí.

Rey. Otro instante  
déjame... eso es... eso es... Teresa ha sido:  
pero que me la quiten de delante:  
huye... mas no eres tú.

D.<sup>a</sup> Vio. Yo soy...

Rey. (Reconociéndola.) Violante.

D.<sup>a</sup> Vio. Sí; tu esposa.

Rey. ¡Gran Dios! ¿Quién te ha traído  
aquí? Reina infeliz, te han engañado.  
¡Huye, parte al momento, vuelve á Hungría!  
En brazos de un dragon te han entregado  
prometiéndote un rey. ¡Huye, alma mia,  
huye de mí... yo estoy excomulgado!

(Pausa. El rey, recobrandó completamente su  
juicio, reconoce su situacion y habla espanta-  
do consigo mismo. D.<sup>a</sup> Violante le contempla  
con ansiedad, leyendo en su rostro y en sus  
palabras su interior agitacion, espiondo el mo-  
mento, y meditando las palabras mas á pro-  
pósito para calmarla. Toda esta escena  
depende mas de los actores que del poeta. Las  
notas y acotaciones estan sin embargo supri-  
midas en ella, porque estando escrita para  
personas determinadas, teniendo en cuenta sus  
facultades, nada hay que advertir á estas, y á

*los actores que fuera de Madrid se encarguen de los papeles de el rey y de doña Violante es inútil embrollarles con notas, si su talento dramático no comprende á primera vista el carácter que debe llevar toda la escena. El rey sigue hablando consigo.)*

Excomulgado, sí. Bajo el pie impío  
se me agosta la mies; se pudre el grano,  
se hiela el árbol, y se seca el río;  
y el monte se hunde, y me rechaza el llano,  
y Dios no me conoce. ¡No es el mio  
el Dios que alumbra al corazon cristiano!  
Excomulgado estoy... ¡Su ira infinita  
entregó á Satanás mi alma precita!

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Y si no fuera así?

*Rey.* ¿Qué estás diciendo?

*D.<sup>a</sup> Vio.* ¿Si no existiera el sacrilegio horrendo  
que cometer creiste?

*Rey.* ¿Por qué dices  
eso?

*D.<sup>a</sup> Vio.* Porque ese crimen no existiendo  
pudiéramos aún vivir felices.

*Rey.* ¡Tentacion infernal! Estás hablando  
de imposibles... milagros suponiendo.  
¡Y yo te estoy, imbécil, escuchando!  
No, no: mi horrible situacion comprendo.  
¡Feliz despues de mi delito infando!  
¿Y la sentencia pontificia?

*D.<sup>a</sup> Vio.* Acaso

ella misma, Teresa, retirara  
su demanda de Roma.

*Rey.* ¡Bien escaso

si su amor me le ofrece!

*D.<sup>a</sup> Vio.*

¿Y en tal caso?

*Rey.*

No: la detesto ya.

*D.<sup>a</sup> Vio.*

¿Y si yo te amara?

*Rey.*

¡Tú! Escucha. Sangre de mis manos brota.

Röe mi corazon, mi ábito mengua  
la excomunion, y cercenada y rota  
viene tras mí pidiéndome su lengua  
cuanta sangre hay en mí gota por gota.

¿Y me quieres amar? ¡ay! ya empezaba  
mi corazon á amarte á tí. Creía  
que eras de paz un ángel que velaba  
paso tras paso la existencia mía.

¡Y al averno conmigo te arrastraba!

¡Apártate de mí! Delirio hermoso,  
de casto amor, fantasma peregrino  
de un sueño pasajero y vaporoso,  
¡apártate de mí; que no hay reposo,  
bien, ni sombra, ni amor en mi camino!

*D.<sup>a</sup> Vio.*

No importa: iré, caminaré contigo.

*Rey.*

Pero ¿no ves que cuanto toco infamo?

¿que va de Dios la maldicion conmigo?

¡Sálvate! ¡huye de mí!

*D.<sup>a</sup> Vio.*

No: yo te sigo,  
porque tu esposa soy, porque te amo.

*Rey.*

¡Amor en el infierno germinado!

*D.<sup>a</sup> Vio.*

Celeste amor que redimirte puede:  
que te vuelve á la vida; que ha lavado  
el borron que manchaba tu pasado.

Vive don Berenguer, Teresa cede.

Mira.

ESCENA IV.

EL REY. DOÑA VIOLANTE. DOÑA TERESA.  
DON BERENGUER. EL NUNCIO.

*(Al volverse el rey halla á doña Teresa ante la puerta derecha, y á D. Berenguer, descalzo y en hábito penitente, seguido de el Nuncio, ante la puerta izquierda, y retrocede espantado conforme van estos personajes acercándose á él.)*

Rey. ¡Dios! ¡ellos son! ¡me los evoca tan satánico amor! Volved al caos, sombras... no os acerqueis... de mí alejaos.  
*(A don Berenguer, que aproximándose á él poco poco se arrodilla alargándole un pergamino.)*  
¿Por qué me sigues tú?... mudo fantasma,  
¿qué quieres? ¿qué? ¡tu lengua! A Dios le toca dártela, él solo puede... ¡á mí me pasma de horror el ver que falta de tu boca!  
¿Te arrodillas?... ¿qué es eso?... ¿traes escrito lo que decir no puedes? *(Toma el pergamino.)*  
¿Quién te ha dado mi acta de gracia?

D.<sup>a</sup> Ter.

Yo.

Rey.

¡Dios infinito!

¿Es decir?...

*(El Nuncio, que se ha ido también acercando al rey, le interrumpe diciéndole con solemnidad y señalando á don Berenguer, que está de rodillas.)*

- Nuncio.** Escuchad.
- D. Ber.** Que no hay delito  
mas que en mí; que y yo el excomulgado.
- Rey.** ¡Hablas!... ¡Oh, todo comprendo ahora!  
¡Ay!... apartad... dejadme que respire,  
(*Se aproxima al bofete, que abre doña Teresa, que está á este lado, y comprende la intencion del rey. Entra el sordo.*)  
dejadme que la luz consoladora  
vea... ¡dejadme que á los cielos mire!  
(*De rodillas.*)  
¡Mi alma te cree, señor, mi fé te adora!  
(*Pausa.*)  
(*El rey al levantarse ve á don Berenguer en el mismo sitio, y le dice:*)  
¿Qué esperais ya de mí? ¿No habeis hablado?
- D. Ber.** La última vez: de *el siglo*, que abandono,  
salgo á silencio eterno condenado.  
Dadme vuestro perdon.
- Rey.** Id perdonado.  
¡Dios me perdone á mí mi infando enconol  
Tambien, Nuncio, de Roma solicito  
perdon.
- Nuncio.** (*Presentándole el escrito de Teresa, que ha recibido de manos de doña Violante.*)  
Firmad, señor, en este escrito,  
(*Se le pone en la mesa.*)  
y en nombre del Pontífice os perdono.
- Rey.** ¿Qué es esto?
- D.ª Vio.** La justicia que á una madre  
hace Violante de Aragon. Yo imprimo  
mi nombre aquí tambien. (*Firma.*)

Falta el de el padre.

Rey. ¡Mis hijos!

D.<sup>a</sup> Vio. Firma (Ofreciéndole la pluma.)

Rey. ¡Sí; los legitimo.

D.<sup>a</sup> Ter. (A sus pies.)

El honor de mis hijos lo exigía

y á todo osé por desesperada.

Perdonadme, señores.

Rey. No tengo nada

que perdonarte... ¡honra te debía.

D.<sup>a</sup> Vio. (A doña Teresa, dándole el pergamino firmado.)

Partid.

Rey. Que parta, sí: que el reino deje:

que yo no la halle... que de mí se aleje

donde tentar mi corazón no pueda.

D.<sup>a</sup> Ter. (Al rey besándole la mano.)

¡A Dios!

(El rey vuelve la cabeza hacia la izquierda,

donde se habia colocado doña Violante,

á quien tiende una mano mientras abandona la otra á doña Teresa.)

Rey. (A doña Teresa.) ¡A Dios!

D.<sup>a</sup> Ter. Un ángel os proteje:

la tentación se va y el ángel queda.

Rey. (Abrazando á doña Violante.)

¡Ah! sí; pero partid.

(D.<sup>a</sup> Teresa y don Berenguer se van cada

cual por donde salió.)

ESCENA ÚLTIMA

EL REY. DOÑA VIOLANTE. EL NUNCIO.

*Rey.* (Al Nuncio.) Ya el sol asoma,  
Nuncio; mi pueblo de Aragon...

*Nuncio.* Espera  
jurar hoy á su reina, y mi postrera  
bendicion recibir.

*Rey.* Sobre mi entera  
echadla pues, y regresad á Roma.

*Nuncio.* Sea. Ya no hay impedimento alguno  
que vuestra union sagrada contradiga.  
La rodilla doblad: desde hoy en uno  
por siempre como esposos os reuno.  
¡Monarcas de Aragon, Dios os bendiga!  
(El Nuncio estiende sus manos sobre los  
reyes, arrodillados á sus pies.—Cae el  
telon.)

FIN DEL DRAMA.

— 89 —

ESCUENA ULTIMA

EL REY. DONA VIOLETA. EL NUNCIO.

Post Scriptum.

Rev. (Al Nuncio).  
Nuncio: mi pueblo de Aragón...  
Espera

Nuncio.

Á Don Cárlos Latorre.

Rev. Sobre mi entrega

*Querido Cárlos: hé aqui la mezquina obra que em-  
prendí por amistad tuya, y concluí en tan poco tiempo:  
tú, que sabes su historia, conoces su poco valer; pero  
apréciala no por el que tiene, sino porque es la espre-  
sion de la lealtad con que te quiere tu amigo*

J. ZORRILLA.

Madrid. Junio 13.—1848.

FIN DEL DRAMA.

---

---

# EL DÍA SIN SOL

*Dies iræ dies illa,*

*Solvct seclum in favilla (1).*

## INTRODUCCIÓN

Hizo al hombre de Dios la propia mano,  
Que tanto para hacerle fué preciso,  
Hízole de la tierra soberano,  
Y le dió por palacio el Paraíso.

Ágil de miembros, la cerviz erguida  
Orlada de flotante cabellera,  
Los claros ojos respirando vida,  
Luenga la barba y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos,  
Vieron los ojos luz, gustó la boca,  
Olió el olfato, oyeron los oídos,  
Todo es placer cuanto pasando toca.

La hierba perfumada en la colina  
Dióle un lecho do yace blandamente,  
Y derramóse en torno cristalina,  
Deshecha en perlas, la sonora fuente.

---

(1) Esta paráfrasis fué expresamente escrita para D. Nicomedes Pastor Díaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

Y vertieron las aves en el viento  
Regalada y dulcísima armonía  
Desde el follaje vasto y opulento  
Que fácil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa  
Que vaga suave, inquieta y juguetona,  
Dobló la frente, y con igual sonrisa  
El sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron  
Con su ruido turbar su manso sueño,  
Y volando las aves arrullaron  
El reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,  
De tornarla en placer buscó manera,  
Y una mujer bellísima, amorosa,  
Le ofreció liberal por compañera.

Era la hermosa de gentil talante,  
Acabada de pechos y cintura,  
De enhiesto cuello y lánguido semblante,  
Rebosando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,  
Negras las cejas, blanca la mejilla,  
Rasgada de ojos, blanda la mirada,  
Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena,  
La blanca espalda de la luz velando,  
Hallóla Adan al despertar, serena  
Sus varoniles formas contemplando.

Ciñóla, sorprendido en su embeleso,  
Con brazo enamorado y reverente;  
Mil veces la besó, y á cada beso  
Trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,  
Los peces en las ovas asomaron,  
Las tórtolas alzaron casto arrullo,  
Y amorosos los céfiros soplaron.

«Alma mía, mi amor, paloma mía.....»,  
El hombre sollozando murmuraba;  
Ella, muerta de amor, le sonreía,  
Y él, muriendo de amor, le enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante  
Aspirando con ámbar y aroma  
El aire de su pecho vacilante,  
La luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo sol, entonces si los viste,  
¿Por qué anantes y solos les dejaste,  
Y la infernal serpiente no adormiste  
Que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay, cuánto ahorraras de miseria y llanto  
Del hombre flaco á los mortales ojos,  
Cuánto miedo á los ángeles, y cuánto  
Al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no más en los jardines  
Vedado al paladar de los nacidos;  
No anidaban en él los colorines,  
Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacía Adán en brazos de su amada,  
Y Eva miraba el prohibido fruto;  
Al lado de la poma codiciada  
Traidor velaba el enemigo astuto.

«¿No comerás, le dijo la serpiente,  
»Criatura de origen soberano?  
»Pudieras, como Dios omnipotente  
»Otro mundo crear de polvo vano.

»No comerás, y quedarás sujeta  
»Al privilegio inútil de su hechura;  
»Quedará el alma entre su nada quieta,  
»Y á ti te llamarán la criatura.»

Sintió el orgullo la mujer curiosa,  
Que brotaba en carmín á la mejilla,  
Y á la fruta tendió la mano ansiosa  
Vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron  
Arboles, aves, céfiros y fuentes,  
Y en su lugar fatídicos quedaron  
Troncos, buitres, tormentas y torrentes.

Rugió el león crespando la melena,  
Lanzó el tigre su ardiente resoplido,  
Bufó en el bosque la traidora hiena,  
El toro levantó ronco mugido.

Huyeron azotándose las alas  
Las aves por el aura agonizante,  
El fresco valle marchitó sus galas,  
Tembló el mundo en los ejes de diamante.

Despertó el triste Adán absorto y mudo  
Al desusado y bronco clamoreo,  
Y avergonzado se miró desnudo,  
La carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas  
Guarecerse en tropel en los peñascos,  
Y buscar sus guaridas socavadas  
De las montañas en los hondos cascós.

Hirióle el sol las débiles pupilas  
Al recio impulso de fogosa lumbre,  
Y halló en el cielo en aplomadas filas  
De frías nubes torva muchedumbre.

Y sintió que perdía de improviso  
La gracia de su Dios con la inocencia,  
Y trocóle en infierno el Paraíso  
El nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,  
Que con rubor entrambos no nacieron,  
Y del crimen común arrepentidos,  
Uno del otro con vergüenza huyeron.

«¡Adán!» exclamó Dios llamando al hombre,  
Y el eco en las montañas respondía;  
«¡Adán!» repitió Dios, y el mismo nombre  
El eco mismo á repetir volvía.

¿Dó estaba Adán? Llorando prosternado,  
Por vez primera de su Dios temblaba,  
Y humillado en el polvo, «¡Yo he pecado!»,  
Respondía á la voz que le llamaba.

«¡Adán! gritó el Señor, cuenta tus horas,  
»Porque vendrá una hora en que te veas  
»Dando cuentas al Dios ante quien lloras;  
»Y hasta entonces, Adán, ¡maldito seas!»



SL 3659

2237



10000162165





ZORRILLA

EL

EXCOMULGADO

SL

3659